



Pirámide en Breña Baja (La Palma), lugar desde donde también se ha visto S Borondón en dirección sur. Testigo Sra. Illini. (1948).

*“Roncotes”, pescadores de costa. ¿Depositorios de almas puras, mentes sanas, conciencias limpias? ¿Seres en quienes confiar?*

*En esta ocasión, como antaño, ¿por qué preferidos para intervenir en trascendentales nudos de la Historia?*

## VIII. VIAJE ENTRE DOS MUNDOS

Nuestros relojes calendáricos marcaban las once menos quince. El falucho, tirando del remolque, se balanceaba suavemente ante la inmensidad de un mar azul, sobre el que no se avistaba más que el cielo y la pared de nubes que habíamos dejado a nuestras espaldas. Demetrio se había sentado al lado del timón mientras yo permanecía apoyado contra el mástil, mirando sin ver, pues mi pensamiento estaba aún lleno de delfines bailadores, ballenas habitadas y multitud de instantáneas recogidas por nuestra retina y archivadas en el casillero de vivencias a clasificar.

Demetrio me sacó de mis cavilaciones

-Aristán, creo que no debemos perder el tiempo. Hemos de encontrar tierra antes de la noche.

-Ocúpate -le dije- de izar la vela tan pronto veamos algo.

Me agaché junto a la palanca del tubo y lo puse en diez. Un ligero movimiento hacia adelante me indicó que el aparato se había puesto en marcha. Llevé la palanca paulatinamente hasta cincuenta y el «Pacificador de los Mares», que más parecía una paloma blanca que un falucho, se deslizó cual otro delfín gigante, raudo y sin ruidos.

Estábamos en nuestros mares y pronto estaríamos en nuestra tierra. Pensar que ahí, a escasas horas, habíamos estado en otro mundo poblado por seres iguales a nosotros, pero situados en un plano de civilización superior, aportaba a mi mente confusos estados que me inquietaban. Iba desde el mástil a proa. Tocaba el agua con mis manos o le dirigía a Demetrio miradas escrutadoras que no obtenían respuesta. Éste, agarrado a la caña del timón, se me aparecía como otra persona totalmente distinta al Demetrio que había conocido en Las Palmas. Ensimismado, posiblemente embarcado en los mismos o similares pensamientos a los míos, daba la impresión de una persona inspirada. Había en su rostro una cierta luminosidad que denotaba la paz que reinaba en su espíritu, pero al mismo tiempo su alegría dulce, sin desbordes, ahuyentaba todas mis inquietudes.

-Debemos cambiarnos de ropa, Demetrio, o nos tomarán por extranjeros.

-Ya lo había pensado, Aristán. Llevamos dos horas navegando y aún no avistamos tierra. ¿Por qué no aumentas la velocidad?

-Estás preocupado, Demetrio.

-No quisiera otra nochecita en alta mar.

-Probaremos a sesenta.

-Yo lo llevaría a tope -prosiguió alterado- por lo menos hasta descubrir tierra. Luego tendríamos tiempo de ir tranquilos y de acuerdo a horario, para recalar en algún lugar antes del anochecer.

Reajustamos nuestro rumbo Este, pusimos el timón fijo y cambiamos nuestra vestimenta atlántica por la de pescador. Nos disponíamos a comer.

A las dos y treinta habíamos terminado de comer sin que avistásemos tierra o embarcación alguna, lo que nos daba idea de lo alejados que habíamos estado de la isla de La Palma. Demetrio volvió a insistir sobre el máximo de velocidad. Así lo hice con cierto temor, pues no estábamos acostumbrados a ella y también

temía por la resistencia del falucho; sin embargo, pareciera que su estructura estuviese hecha para enfrentarla. Parecía un verdadero delfín cortando airoosamente las aguas. El aire y las abundantes salpicaduras del agua, nos obligaron a usar nuestros impermeables.

Eran ya pasadas las dieciséis horas cuando avistamos lo que parecía ser tierra. Una hora después hubimos de disminuir la marcha. Decidimos costear doblando a nuestra derecha, tratando de mantenernos prudentemente alejados de la costa, en busca de la punta sur de la isla. Izamos la vela y con el impulsor a cuarenta kilómetros hora, continuamos costeando. No sabíamos en qué lugar del oeste de la isla de La Palma estábamos. Punta Gorda, Tazacorte o Naos constituían lugares para recalar y pasar la noche. Mientras, y en tanto hubiese luz, continuaríamos navegando hacia el Sur en busca de la punta más austral de la isla, Fuencaliente. Desde allí daríamos el salto a Tenerife en busca de Punta de Teno o cercanías.

Tenía mi arrugado mapa frente a los ojos, desplazando mi vista desde él hacia la costa en busca de algún punto de referencia o algún poblado para acercarnos a preguntar. Nuestros relojes marcaban las dieciocho horas. El mar se mantenía en calma y el falucho, a cuarenta kilómetros hora, se deslizaba suavemente. La vela izada, más molestaba su marcha que la favorecía, pero había que mantenerla por nuestra cercanía a tierra. Una suave brisa, que nos daba de través, nos hubiera ayudado de soplar un poco más fuerte. El sol se acercaba ya a su ocaso cuando advertimos un remero cerca de la costa, posiblemente en faena de pesca.

-Diríjelo hacia el pescador, Demetrio, le preguntaremos dónde nos encontramos.

Paramos el tubo impulsor acercándonos hasta el pescador con el impulso que traíamos. A pocos metros de él le grité:

-¡Eh, amigo! ¡De que pueblo nos encontramos más cerca!

El hombre se levantó y fijó su atención en el falucho. Le había sorprendido su brillante color blanco y su velamen nuevo. Le repetí la pregunta haciendo embudo con ambas manos.

-Si "ustéis" van "pallá" -dijo señalando hacia el Norte- se «alcontrarán» Tazacorte. Si van «paeste» otro «lao» -señalando al Sur- se «alcontrarán» Puerto Naos.

-¡Gracias buen hombre! -grité mientras saludaba con la mano.

Demetrio puso suavemente proa al Sur. Alejados prudentemente del pescador y de la costa, conectamos nuevamente el tubo impulsor acelerando, progresivamente, hasta alcanzar los ochenta kilómetros hora. Puerto Naos era un buen lugar para amarrar y pasar la noche.

Entre dos luces, nos acercamos a Puerto Naos. Un amarradero precario nos permitió asegurar a nuestro «Pacificador». La brisa proveniente del mar había amainado. La temperatura era deliciosa y el perfume a bosque o floresta, que bajaba de la montaña mezclado con la brisa marinera, nos abrió el apetito. Algunas embarcaciones pequeñas permanecían varadas en la playa de arena negrísima y fina.

Habíamos tenido un día distinto, emocionante, pero... casi todo el mundo lleva en su haber el convencimiento de que los viajes cansan. Una vez que terminamos nuestra comida, compuesta en su totalidad de productos atlánticos, aunque casi todos ellos existentes en nuestra tierra: pescado seco, quesos, panecillos negros, frutas y jugos con su pulpa, preparamos nuestras camas bajo la lona, también proporcionada por los atlánticos, y nos dispusimos a dormir.

Nuestro receptor telepático sonaba con las voces amigas de Ysahora y Guayahisen, llamándonos por nuestros nombres:

*-Saludos felices entre gentes de paz. Preguntas y recomendaciones. Debéis salir mañana muy temprano para que, aprovechando la luz diurna, tengáis tiempo de cruzar el trecho hasta Tenerife, rumbo Sur, costeano hasta Fuencaliente. Una vez allí os daremos instrucciones, ya que tendréis unos cuatro días de mal tiempo en que no podréis navegar. Tratad de quedar al abrigo de una buena rada antes de la noche. Paz y felicidad.*

Con el pensamiento puesto en toda aquella gente increíble nos dormimos.

Cuando me desperté, el reloj marcaba las seis y media. Aún era noche cerrada. Decidí que las siete era una buena hora para despertar a Demetrio; pero al darme vuelta comprobé que ya no estaba y que el falucho se movía. Me levanté de un salto.

Demetrio, ayudándose con un remo, impelia al «Pacificador» mar adentro. Había que reconocer que el deslizante era algo maravilloso. Sentado al timón, lo había alejado de la costa unos mil metros sin esfuerzo alguno.

-Ya clarea tras las montañas, Aristán -fue su saludo.

No habíamos avistado ni un alma, ni al entrar ni al salir de Naos. La temperatura era una delicia y el mar se mantenía normal.

-Creo que ya podemos poner la máquina -comentó Demetrio.

Le hice caso y, progresivamente, puse la palanca a sesenta kilómetros hora.

Nos mantuvimos costeano a esa velocidad. A las nueve doblábamos el faro de la Punta de Fuencaliente.

*-Paz y felicidad -era la llamada inconfundible de nuestros amigos-. Aristán, soy Guayahisen. Saca la brújula.*

Esta, que tenía el tamaño de un duro de plata, estaba en mi otra ropa de Atlantaria.

*-¿Sabes manejarla para ponerte en rumbo?*

-Algo -contesté mientras la buscaba.

*-Pues bien, debes poner lo que llamáis línea de crujía, o sea; la recta con sentido proa popa, en el rumbo ciento veinte grados S.E. Si mantenéis este rumbo aproximado, en unas dos horas toparéis con la isla de Tenerife. Luego lo único que tenéis que hacer es costear y llegar, si os alcanza el tiempo, hasta el faro de Punta de Abona, uno de los lugares más cercanos a vuestra tierra. Allí debéis esperar el buen tiempo para atravesar el brazo de mar que os separa. Por unos tres meses, continuó, no podremos estar en co-*



*municación con vosotros Sabemos que en vuestra tierra hace falta dinero para moverse En el fondo del remolque, en una bolsa, hemos puesto cien doblones de oro. Cambiadlos en pequeñas cantidades. Cada cambio a distintos individuos y en distintos lugares. Sed prudentes. Creemos que con ese importe podéis dar cima a nuestra misión. Paz y felicidad de todos los atlantarios para vosotros.*

Saqué la brújula de su estuche. Giré la cajita hasta que la aguja apuntara al Norte. La situé sobre el asiento del timón. Allí habían marcado en una línea roja, la crujía. Enfilamos ésta en el rumbo ciento veinte grados S.E. y, a toda marcha, emprendimos el salto La Palma-Tenerife. Previsores atlantarios -pensé-, pues Tenerife estaba totalmente nublado. De no estarlo no hubiese hecho falta tocar la brújula.

Mirando hacia el Sur y cubiertas aún por las nieblas matutinas, divisamos en la lejanía la isla del Hierro. Más cercana y casi en nuestra ruta, La Gomera.

Tal y como lo habían previsto nuestros amigos, a las once avistábamos tierras de Tenerife. Teníamos aún siete horas de luz y automáticamente me vino la idea del porqué no llegar aquel mismo día a Las Palmas. Lo consulté con Demetrio.

-Creo que debemos seguir las indicaciones de ellos. No tendríamos que salirnos de lo señalado sin informarles. Concéntrate en «Apropositus» y trata de comunicarte.

*-¿Qué pasa Aristán? Soy Ysahora.*

Le expliqué el proyecto.

*-Por lo que a mí respecta, Aristán, creo que os debéis atener a lo hablado. El huracán lo mismo puede adelantarse que atrasarse unas horas. De todas formas, le pediré a Aythami los últimos datos sobre el mismo. Os llamaremos.*

-Nuestra velocidad media ha sido de unos sesenta kilómetros hora -informé a Demetrio-. Mientras nos contestan -agregué- aprovechemos al máximo nuestras posibilidades. No te acerques a la costa. Lo pondré a ochenta kilómetros hora.

Unos minutos después Ysahora nos informaba que en nuestra zona de navegación no había peligro hasta la media noche. Nos recomendaba que hiciésemos caso a nuestro olfato de marnero y examinásemos el estado de la mar y el tiempo. Si pensábamos que podíamos hacerlo, adelante.

*-Ante cualquier emergencia pedid auxilio a Atlantaria. Estaremos hasta las cero horas.*

En aquel momento pasábamos frente a los acantilados de Los Gigantes. A las doce treinta avistamos Punta Abona y enfilamos la dirección a la isla redonda, guiándonos por su lejana presencia, que se entreveía como una sombra gris llena de misteriosas ansias. Estas nos hacían desear que la palanquita del tubo impulsor tuviese algunas marcas de velocidades más altas. No obstante, el viento y la lluvia de agua y espuma que levantaba la proa del "Pacificador", nos obligaron a enfundarnos en nuestros impermeables. El remolque saltaba como una pelota tras la estela blanquecina dejada por el falucho, que más que falucho parecía un delfín gigante.

Catorce días, por mi cuenta, hacía que habíamos salido de nuestra isla canaria. Atrapados por la furia de una impresionante borrasca. Muertos, ahogados o destrozados en sus brazos titánicos. Rescatados vivos y llevados de asombro en asombro en medio de una civilización superior que había encontrado los medios para vivir en paz y felicidad, caminos que en la tierra aún no habíamos sido capaces ni siquiera de plantearnos con seriedad y responsabilidad. Subidos al mágico lomo de una ballena mecánica. Paseados y agasajados por delfines capaces de obedecer a aquellos seres maravillosos. Impactados por su cultura, su generosidad, su total desinterés hacia los bienes materiales o hacia el poder y por su total dedicación hacia la criatura cósmica y todo lo ateniende a su perfeccionamiento, dentro de las más altas cotas de felicidad y bienestar que pueda alcanzar su creatividad incansable, sana y sensata. Eran éstas, realidades que resaltaban las tremendas diferencias entre dos mundos.

De pie, aferrado al mástil y mirando hacia nuestra pequeña tierra, que cada vez delimitaba más y más sus contornos contra el horizonte, permanecía como suspendido entre dos realidades distintas, aunque ambas maravillosas.

Demetrio no soltaba el timón, como si con él pudiera acercar más la distancia que nos separaba de la isla de Gran Canaria.

Así continué como hipnotizado, la vista perdida en el horizonte de nuestra isla, mientras multitud de nombres entremezclados y borrosos, iban desfilando por mi imaginación con la nitidez propia de los hechos o experiencias sobresalientes que jalonan una vida marcada por el destino.

Diecisiete monjes orando sobre una isla desierta, concelebrando la pacífica pascua con Maclovio y Brandano. La isla que se convierte en gigantesca ballena. El ingenio construido durante un siglo por una civilización avanzada, que tiene la propiedad de moverse y tomar formas a las que se adaptan sus distintos módulos.

La «inaccesible», la isla «non trubada». *Apropositus*, isla a la cual no se puede llegar. Barrera de nubes, borrasca, truenos.

-*Nos movemos en todos sentidos* -había dicho Artenea.

-*Y tenemos capacidad para romper la gravedad y movernos en espacios y dimensiones incomprensibles y desconocidas para vuestra civilización* -había asegurado Daidha.

Dicho todo esto por dos bellezas atlantes y a pesar de haberlas vivido, aún me costaba asimilar como realidad, tantas y tan variadas experiencias y, en este aserto me perdía entre lo incomprensible y la belleza inalcanzable, cuyo recuerdo no me abandonaría por todos los días de mi vida.

San Borondón y sus numerosos testigos jurados. La ballena gigantesca que se mueve en todas direcciones y el «Arca de Noé» con su campana protectora de cristal, de la cual sólo habíamos conocido uno de sus «módulos». Y los otros... ¿Dónde se encontraban? ¿En otras estrellas? ¿En las profundidades submarinas de nuestro Atlántico? ¿Buceaban aún entre los restos de su Atlántida, recuperando sabe Dios qué portentos, fórmulas o brebajes milagrosos de su larga vida? No lo sabemos, pero si estamos en el camino bueno llegaremos a conocer todo lo que nuestros amigos los atlantes o atlantarios nos permitan. Caso contrario, repetiremos con el fraile J. de Abreu Galindo: **«Digo. en**

*fin; que existe esta isla de San Borondón. La cual tengo por dificultoso que se pueda hallar. Y las cosas que consisten en la voluntad divina, como es esta de no querer que se descubra, no hay que poner imposibilidad ni maravilla para dudarlas; sino para engrandecerlas, que así lo ordena el Señor, no carece de misterio».*

Y no existe otra opción que coincidir con el que esto escribe de que el franciscano Abreu Galindo estuvo inspiradísimo, como bien decían los atlantes. Sólo nos restaría concretar por quién. ¿Por ellos? ¿Por otras civilizaciones superiores?

Estábamos frente a Agaete y Demetrio saltaba y se movía en su asiento como «pájaro enjaulao».

-¡Apártate de la costa! -le grité-. Si alguien nos sigue la estela va a pensar que somos el «Buque Fantasma».

Aminoré la marcha a sesenta. Nuestro reloj marcaba las dieciséis horas. Estábamos prácticamente en casa. El cielo se había nublado totalmente y la brisa, que hasta entonces era suave, aumentaba poco a poco su velocidad.

-Creo que en una hora más estaremos en San Cristóbal -comenté en alta voz-. Allí vivía Demetrio y allí pensábamos dejar al «Pacificador», junto a su casa que estaba a pocos metros de la orilla, mientras nosotros emplearíamos nuestro tiempo en gestionar el paradero de Sir Thomas Walker .

A las dieciséis y treinta doblábamos la isleta y al avistar la ciudad, una pequeña explosión hizo vibrar al «Pacificador». Miramos a popa y un agua negruzca salía del tubo, mezclada con abundantes residuos parecidos a limaduras de hierro. El tubo impulsor, como lo habían planeado los atlantarios, se había desintegrado.

-¡A izar la vela se ha dicho! -dije a Demetrio mientras ponía manos a la obra.

El viento norte hinchó la vela para el lado de la ciudad y el «Paci-

ficador», deslizante y marinero, corrió frente a Las Palmas como ningún «vela latina» lo había hecho hasta entonces.

A las diecisiete horas virábamos hacia el castillo de San Cristóbal. Unos gritos de Demetrio juntó gentes que nos ayudaron a sacar el «Pacificador» hasta colocarlo al lado de su casa. Entre parabienes y comentarios que alababan al «Pacificador», nunca habían visto nada igual, tapamos las aberturas del tubo con los materiales que nos habían entregado los atlantarios. La hermana de Bastiano preguntaba por él.

-Se ha enrolado en un barco inglés -contestó Demetrio con aplomo.

Entramos el remolque a la casa. Demetrio vivía con una abuela y su madre. Insistió en que me quedase a dormir, pero comprobado que tenían poco lugar, le propuse dormir en el «Pacificador» hasta el día siguiente, que subiría a San Mateo.

Los «roncotes» estaban alborotados dando vueltas al «Pacificador», tocando sus costados y acariciando la pintura lisa que no conocían. Comentarios y preguntas que Demetrio contestaba sin inmutarse la sombra de un pelo.

-Si hombre, nos lo pintaron los ingleses que contrataron a Bastiano.

Con esa, con otras contestaciones por el estilo y con la llegada de la noche, la gente se fue dispersando.

«Pescao frito», jareas, mojo y vino había preparado la familia de Demetrio. Nosotros apartamos el vino que cambiamos por jugos de frutas, jarabe de uvas, pasta de higos, nueces y almendras preparados por los atlantes.

-Pero... ¿Y estas cosas? -preguntaba la madre.

-Todo regalo de los ingleses que enrolaron a Bastiano, madre.

Rotundo, contundente, Demetrio no se amilanaba en las contestaciones. Siempre había celebrado los reflejos agudos de aquel muchacho bonachón, sonriente y pacífico, que daba la impresión de un ser «aplatanao», pero que borraba el concepto

tan pronto como abría la boca. Ni siquiera parpadeó cuando le preguntaron el porqué de haber regresado en quince días, si nos habíamos ausentado por un mes.

-Pero ¿ustedes creen que se puede estar rodando por esos mundos tantos días separado de la familia? -Yo asentía a todo lo que él decía.

-¡Pero mi niño! -intervino la abuela- ¿Y estas ropas tan «asiás»? -comentaba mientras le pasaba la mano por los hombros-. Ni que vinieran de otros mundos.

-¡Ay! -dije para mis adentros- ¿Telepatía o casualidad?

-Yo los encuentro «remozaos» y finos y a Vd. también, Don Aristán.

-Si abuela -contesté-, creo que las vacaciones nos han sentado bien -agregué por decir algo-. Lo hemos pasado muy bien y los amigos de Bastiano se han portado de lo mejor, regalándonos de todo lo que tenían. Los ingleses están muy adelantados.

Con mis afirmaciones inciertas, la abuela quedó tranquilizada.

Ya en el falucho, Demetrio insistió en que me llevase los doblones. Había sacado la bolsa del remolque. El no quería saber nada de dinero.

-Encárguese Vd., Aristán. Además, en mi casa no entenderían nada.

-De acuerdo Demetrio. Cuando tengamos que cambiar iremos juntos. Creo lo más acertado que tú subas los sábados a mi casa y allí decidiremos los pasos que hemos de dar para encontrar a Sir Thomas.

Con este acuerdo dormimos en el «Pacificador», bajo la lona y sobre colchonetas y frazadas de Atlantaria.

Estábamos en nuestro «mundo» y el arrullo de las olas de San Cristóbal parecía una canción de la tierra, profunda y vibrante, como si nuestra vida tuviese una nueva y desconocida dimensión y en esa realidad, aún no asumida, dormidos hasta que el sol nos despertó.



*Si os preciáis de civilizados no lleguéis a las manos como las bestias, mucho menos empuñéis un arma, como los matones.*

*Vuestras conciencias salpicadas de odio de por sí, por efecto de incitar o por defecto en evitar, pierden el sello de criatura cósmica racional.*

## **IX. INTERMEDIARIOS ENTRE DOS CIVILIZACIONES**

Entre luces y sombras, vigiliias y ensueños, la voz melodiosa y dulce de mi madre preparaba nuestros cuerpos para el sueño. Nuestros pensamientos se iban a dormir en su pecho, atraídos por la caricia de su voz o por la sonoridad que a las cuerdas arrancaban los dedos de mi padre. Sonido, vibración, esencia, sentimientos, hacían cortos los tiempos. La paz se acostaba con nosotros.

Afuera las gotas de rocío temblaban, resbalando sobre las hojas hasta caer henchidas de gozo. Allá muy lejos, los hombres también temblaban indecisos antes de sentarse a negociar sobre la paz. Soberbias e intereses les impedían aceptar el desafío de poner a prueba inteligencia y razón para resolver.

Abril corría veloz sobre una primavera anticipada en temperaturas.

-El verano se presagia caluroso -preludió Aristán, antes de continuar el relato.

-"El día sábado como habíamos concertado, Demetrio se presentó en San Mateo. La temperatura era veraniega. Me alegró verle, pues quería solucionar la «misión» que nos habían confiado en Atlantaria, lo antes posible.

Acordamos vernos el miércoles siguiente, en la plazuela que daba sobre el barranco Guiniguada, para ir al Monte de Piedad situado enfrente, donde trabajaba un amigo suyo tasador, quien le pondría en contacto con alguien de confianza a quien vender los doblones de a cien.

Solucionada parte de la venta de los doblones y con abundante dinero en los bolsillos, nos encaminamos al Consulado británico.

Tras el mostrador, una señorita alta con lentes y algo mayor, se acercó para atendernos.

-¿Qué deseaban? -preguntó muy seria y mirando hacia otro lugar.

Sombrero en mano y con toda la finura y educación posibles, le planteé la cuestión: averiguar el domicilio de Sir Thomas Walker, científico británico.

-Creo -dijo aumentando su seriedad- que averiguar domicilios de personas no es función del Consulado.

Paseó su mirada por nosotros sin detenerla, para mirar a otro sitio de interés, que resultó ser la pared desierta.

-No obstante -continuó seca y estirada- ¿cuál es el motivo?

Creciéndome sobre mis "uno ochenta y cinco", y mientras repasaba el hongo de mi sombrero recién estrenado, contesté:

-Mi querida y simpática señorita, se trata... -se produjo una reacción instantánea de los reflejos británicos, que pasaron el lápiz de la mano derecha a la izquierda, mientras la derecha subía coqueta para acomodar unos mechones de melena rubia. Unos desacostumbrados colores quisieron colorear unas mejillas sin conseguirlo.

-Se trata -continué ya más seguro de mí mismo- de hacer llegar a Sir Thomas Walker un mensaje relacionado con su actividad científica.

-Consultaré -dijo la británica, esforzándose por enviar color a sus mejillas paliduchas.

Mientras esperábamos la respuesta, tomé buena nota de mi primera relación de contactos en el mundo que vivíamos. Nuestro próximo paso, inevitable, consistiría en visitar a un sastre que nos cambiase la fachada personal.

La súbdita británica apareció con cierta sonrisa displicente para comunicarnos que el señor cónsul estaba ausente, que le parecía que nuestro tema no era de su incumbencia; no obstante, podríamos volver dentro de una semana. Saludamos a la representante de su Graciosa Majestad y encaminamos nuestros pasos a uno de los mejores sastres de la isla. Resuelto el cambio total de fachada, acordamos vernos en el mismo lugar el viernes próximo para visitar al cónsul británico en la isla.

Mientras nos acercábamos al Consulado, le comentaba a Demetrio que en nuestro medio tendríamos que usar todos taparrabos, o vestir iguales, como en Atlantaria, única forma de saber quién es quién de acuerdo a su riqueza interior. Desgraciadamente en este nuestro mundo de diferencias y clases, esa idea constituía una utopía muy lejana aún en su realización. El rico se podía permitir el lujo de vestir sus oros y oropeles, mientras el pobre apenas podía cubrir sus carnes decentemente. A los ojos de las gentes, cualquiera podría aparentar ser fraile, noble, coronel, obispo o cura, con sólo enfundarse la vestimenta correspondiente.

Dos señores elegantemente vestidos de blanco, desde el sombrero hasta los pies, pulcramente rasurados, llenos de la confianza que da el sentirse cómodos dentro de un disfraz caro y distinguido. Fuertes, con la fortaleza física y la que les daba el doblón de a cien. Morenos, varoniles y sanos, se presentaban en el mismo lugar de hacía una semana.

La máquina de escribir paró automáticamente el tecleto monótono de sus cansados tipos. La señorita acomodó su asiento y puso su espalda derecha. Dos manos subieron hacia la desordenada cabellera y presurosa patinó hasta los recién llegados.



-¿Qué deseaban los señores? -dijo, mientras asomaba a su rostro una amplia sonrisa, pagada por el erario público, ante la perspectiva de interesantes beneficios.

Se confirmaba mi tesis. Seis metros de telas, bien dispuestas sobre nuestras osamentas, habían cambiado en halagüeño el panorama desolador de una semana atrás. Hasta el mostrador que nos separaba parecía bailar al son de las vestimentas.

-Pues mi agraciada señorita -arreboles "in crescendo"-, nosotros queríamos saber si el señor cónsul nos puede recibir.

-¿Tarjeta de presentación?

-No poseemos -aclaré.

-Entonces tengan la bondad de poner aquí sus nombres y motivo de la visita.

-Bueno -agregué-, el motivo de la visita ya lo sabe Vd. Estuvimos la semana pasada y se trata de averiguar el domicilio de Sir Thomas Walker.

-¡Ah, oh! ¡Cómo! ¿Ustedes?

-Nosotros, señorita -remarqué.

Arreboles por fin. Carmin, escarlata, carmesí. Toda la gama...

-Perdón señores, consultaré al señor cónsul si puede recibirles.

Desapareció por una puerta para reaparecer, a los pocos minutos, con la respuesta:

-El señor cónsul les recibirá dentro de un momento, tengan la bondad de sentarse.

Tras la estridencia de un timbrazo, apareció otra señorita que nos condujo a presencia del cónsul.

-Tengan la bondad de tomar asiento -dijo éste tras saludarnos-.

Ustedes dirán señores, a qué se debe el honor de su visita.

Le expusimos el objeto de la misma.

-No conozco personalmente a Sir Thomas Walker. Sé algo -agregó- a través de sus trabajos de investigación, aunque como comprenderán yo no puedo moverme sobre algo que no conozco. ¿De qué se trata? -insistió.

-El mensaje que hemos de dar a Sir Thomas es algo estrictamente personal. Sabemos que en estos momentos se encuentra en la India. Deseamos hacerle saber nuestra necesidad de verle. Que es sumamente importante y de cierta urgencia.

Por toda respuesta, el cónsul que era algo estirado y poseía unos ojillos escrutadores e inquietos, nos ofreció un habano que tanto Demetrio como yo rechazamos. Él se sirvió uno, lo encendió parsimoniosamente y tras lanzar la primera bocanada de humo, sin dejar de mirarnos mientras realizaba tal ceremonia, nos habló:

-Veamos. ¿Algún descubrimiento arqueológico?

-Creemos -contesté- que es algo mucho más importante, señor cónsul.

-En ese caso y si Vds. no confían en el representante del Imperio Británico, debo decirles muy a pesar mío, que no puedo hacer nada por ustedes. En su rostro había aparecido la seriedad del poder desdeñado. Se había levantado y extendiendo su mano nos despidió con un «Buenos días, señores».

Contrariados por los resultados negativos de nuestra primera tentativa para comunicarnos con Sir Thomas, nos encaminamos a coger el autobús. Demetrio me había invitado a almorzar en San Cristóbal. Decidimos que, después de comer, nos sentaríamos en el falucho para meditar nuestro próximo paso.

Las gentes miraban extrañadas la impecable blancura de nuestros atuendos. Demetrio me había advertido que en su casa y en el barrio, donde nada pasaba inadvertido, había dicho que su

cambio se debía a la protección del «señor Aristán». Única forma de saciar la curiosidad local hacia su nuevo aspecto exterior.

Nuestros amigos atlantarios estaban lejos, pues ni se comunicaban con nosotros, ni por más que lo intentamos logramos hacerlo con ellos. Después de mucho deliberar, decidimos que uno de los dos tendría que viajar a Inglaterra o enrolarse en algún barco que fondeara en Londres, como habían aconsejado nuestros amigos.

Mientras decidíamos la forma de realizar el viaje, resolvimos iniciar un curso del idioma inglés, puesto que si no podíamos confiar el secreto a nadie, tendríamos que valernos nosotros mismos para nuestras gestiones en Londres.

Aquella misma tarde nos pusimos en contacto con una profesora residente que nos daría clase dos veces por semana. Compramos una lona para proteger al «Pacificador de los Mares» y quedamos citados para el próximo martes, día en que comenzaríamos las clases.

Los meses de mayo y junio transcurrieron sin novedad. A comienzos de julio y desesperanzados de comunicarnos con nuestros amigos, resolvimos hacer alguna gestión encaminada al enrolamiento de Demetrio.

Un día de mediados de julio estábamos ante el mostrador de la primera casa consignataria de buques y exportación que tropezamos en Santa Catalina: Yeoward Bros.

-¿Qué sabes hacer? -preguntó el empleado que nos atendió.

-De todo un poco -contestó Demetrio-. Limpieza, pintura, ayudante de cocina...

-¿Sabes inglés?

-Un poco, pero continúo estudiando.

-Bien, hoy no estará aquí el gerente de la casa y él es quien contrata al personal. Pueden darse otra vuelta dentro de unos días.

Igual resultado o parecido tuvimos en otras dos compañías que visitamos.

El dieciocho de julio se produce el golpe militar del general Franco y todo el país parece resquebrajarse, paralizarse y aglutinarse en una sola obsesión: destruir, matar o sojuzgar hasta la consecución del poder absoluto.

En los primeros días de agosto del año 1936 establecimos nuestro primer contacto con Atlantaria. Condenaban y lamentaban lo que sucedía en nuestro país. Nos conminaban a no tomar partido, costase lo que costase. Salvo algún suceso extraordinario, nos comunicaríamos una vez por semana. Aprobaban nuestras gestiones y mucho más la iniciativa de aprender el idioma inglés. Nos sugerían continuar insistiendo en lo del enrolamiento de Demetrio. Un nuevo paso consistía en escribir a Scotland Yard pidiendo el domicilio de Sir Thomas por motivos científicos. Sin embargo, y aunque no lo habíamos pensado antes, cualquier paso dado en este sentido representaría un riesgo demasiado evidente para nuestras personas. El total de la correspondencia pasaba por la censura militar, con mucho mayor celo la internacional. Resolvimos en acuerdo con nuestros amigos, dejar en suspenso toda gestión hasta tanto se aclarase la situación del país.

En esta tónica transcurrieron los meses que faltaban para finalizar el año treinta y seis. Los años treinta y siete y treinta y ocho transcurrieron para mí con la novedad preocupante de que Demetrio había comenzado a caer en una tristeza progresiva.

Primero me confesó que sus deseos de regresar a Atlantaria se habían convertido en ansiedad y ésta se alargaba demasiado. La mitad de su tiempo lo vivía en mi casa. Para paliar su desazón insistimos en nuestro estudio del idioma inglés y le inculqué la afición a la lectura.

Posteriormente, y ya finalizando el año treinta y ocho, me confesó que estaba enamorado de Artenea. Yo me alegré, le di un abrazo y lo animé a entablar diálogo con ella, lo que me resultó imposible.

Considerando la situación conmigo mismo, decidí que lo más acertado era poner en conocimiento de Artenea tal situación y así lo haría en la primera oportunidad de contacto.

Establecido el contacto con Artenea la puse en antecedentes de lo que acontecía con Demetrio, contestándome que ella conocía ese sentimiento cuya evolución observaba. Sabía que éste era muy fuerte y puro. Había esperado el contacto directo con él. Caso de no producirse éste, ella trataría de contactar para transmitirle esperanzas de regreso y tratar de diluir sus tristezas. Un domingo, primero del mes de enero del año treinta y nueve, Demetrio me sorprendió presentándose en San Mateo. Su semblante parecía otro. Colmado de una alegría contagiosa, algo extraño en él, se abrazó a mí impulsivamente. Me suponía el origen de tanta euforia y esperé sus palabras. Efectivamente, había estado en comunicación con Artenea. Habían quedado en contactar todos los sábados a las veinticuatro horas.

Demetrio quería estudiar y había subido a San Mateo, exclusivamente, para comunicármelo. Comentamos ampliamente sobre el particular.

-No quiero -decía- hacer mal papel ante Artenea. Si bien jamás llegaré a su altura intelectual, deseo tener una buena base cultural.

Acordamos profundizar en el estudio de la gramática, ya que el inglés hablado ya lo dominábamos. Buscaríamos un profesor de cultura general para Demetrio, que ampliaría y escogería las obras a leer. Más adelante tomaría un profesor de literatura y filosofía para comentar o discutir las obras leídas. Al mismo tiempo, habíamos acordado probar nuevamente con la cuestión del enrolamiento.

Primeros días de marzo del año mil novecientos treinta y nueve. La guerra civil española tocaba a su fin y nosotros nos encontramos ante el mismo mostrador de la primera casa consignataria que habíamos visitado hacía ya casi tres años. El mismo empleado nos atiende. Le recordamos y él también rememoró el tema.

-Casualmente el señor Perdomo, encargado de ese asunto, está en su despacho. Les anuncio.

El empleado se ausentó unos minutos que se nos hicieron bastante largos y al regresar lo hacía con cierta sonrisa de victoria.

-El señor Perdomo les recibirá. Síganme.

Atravesamos una amplia oficina donde trabajaban varios empleados. El que nos conducía abrió una puerta de vidrio sobre la que se leía Gerencia y nos hizo pasar.

-Tomen asiento.

Un señor algo mayor, canoso y con gafas, por encima de cuya montura nos echó un vistazo, nos espetó:

-¿Así que Vds. quieren trabajar en un barco inglés?

-No señor, se trata de él solamente -contesté.

-¡Ah!, bien. ¿Y por qué quiere trabajar en un barco?

-Pues mire Vd... -continué retomando el hilo de la conversación.

El señor se quitó los lentes y remarcando las palabras me interrumpió.

-Si él -dijo señalando a Demetrio con las gafas que tenía en su mano derecha- es quien desea el trabajo, me gustaría que lo dejase hablar, salvo que sea mudo. Parecía que le gustaba paladear sus palabras, pues hablaba despacio y como regodeándose y degustando sus inflexiones.

-He sido pescador toda mi vida y deseo trabajar en un barco porque me gusta -contestó Demetrio.

-¿Sabes inglés?

-Algo.

-El señor Perdomo le hizo una pregunta en inglés que Demetrio contestó correctamente.

-¡Carámbanos! -exclamó sacándose los lentes nuevamente y mirando fijamente a Demetrio-. Con ese inglés, muchacho, podías aspirar a algo más.



-No aspiro a nada más, señor, quiero trabajar en un barco que toque algún puerto de Inglaterra, para perfeccionar mi inglés.

El señor Perdomo se enfrascó en una larga, quizás algo pedante, conversación en inglés, que le convenció de que Demetrio dominaba el idioma de Shakespeare, tanto o más que él.

Se había puesto serio, se encasquetó las gafas y parecía que trataba de enfrascarse nuevamente en sus papeles.

-¡Vaya, vaya! -dijo como hablando consigo mismo-. No tengo ningún pedido de trabajo por ahora, así que, lamentándolo mucho...

Se había puesto de pie y nosotros le imitamos. Nos acompañó hasta la puerta ofreciéndonos su mano que ambos estrechamos.

Desilusionados salimos a la calle y, tras despedirnos del empleado, nos dirigimos hacia el parque de Santa Catalina con la intención de visitar otra casa consignataria. A los pocos minutos sentimos que alguien nos llamaba y, al mirar hacia atrás, vimos que el empleado que nos había atendido, se acercaba a nosotros a toda prisa.

-El señor Perdomo me envió a buscarlos -exclamó sofocado.

-Volvimos a las oficinas de la casa Yeoward y pasamos al despacho del gerente. Éste se paseaba a lo largo del despacho preocupado. Se notaba que era un hombre de trabajo y posiblemente muy responsable.

Alto como yo, vestía pantalón gris y chaqueta blanca. Fuerte y con su voz lenta y controlada, nos dijo:

-No sé qué me ha pasado con Vds. De pronto algo en mi interior me dice que debo contratarlo, pero no tengo plazas.

Hablaba sin dejar de pasearse, mirando a través de la cristalera que daba al interior.

-Díganle al empleado que le tome los datos y la dirección. Ya le avisaremos.

-Muchas gracias -dijimos y nos retiramos.

El empleado tomó los datos a Demetrio mientras comentaba:

-Este gerente es un hombre muy raro.

Salimos a la calle con la alegría natural del que logra su primer triunfo frente a la vida. Demetrio estaba que no cabía en su piel.

-Hace tres años, Aristán, que volvimos de Atlantaria y hoy hemos dado el primer paso en firme para volver. Esto merece celebrarlo. Le invito a una cerveza.

-Sea -contesté-. ¿Cómo andas de dinero, Demetrio?

-Algo me queda -contestó.

-No quiero -le dije- que a tu familia le falte de nada. Hemos cambiado cuarenta doblones de a cien. Si embarcas debes ir bien provisto, pues tendrás que viajar o comer fuera del barco.

-Todo se arreglará Don Aristán. Ya no me preocupa nada.

A finales de junio del treinta y nueve, recibió un aviso para presentarse en las oficinas de la casa Yeoward Bros. El gerente le recibió en su despacho. Le dijo que tenía el trabajo, que esperaba que no le defraudase, que podía elegir entre mantenimiento o limpieza, que le aconsejaba mantenimiento, pues si bien él no sabía hacer nada tendría la oportunidad de aprender; que cumpliera con su trabajo, pero que no se dejara usar por nadie y mucho menos explotar. Él le recomendaría al capitán.

-El día dos de julio puedes embarcar. Vienes aquí con tus cosas y te llevaremos al barco.

Así fue como después de largas peripecias, Demetrio se encontró navegando en el frutero inglés Belfast. Tocaría varios puertos de Inglaterra, entre ellos Londres. Llevaba una carta escrita por los dos, dirigida a Sir Thomas Walker, donde le pedíamos una entrevista personal para entregarle las pruebas y el mensaje de Apropositus. Caso de no estar en su domicilio, averiguaría la dirección en la India y remitiría la carta desde Londres.

Dos días estuvo el barco en Londres. Su día libre lo dedicó a resolver la forma de comunicarse con Sir Thomas. Tuvo la gran suerte de encontrar que su domicilio estaba habitado por una hermana. Esta le informó que el centro de operaciones de su hermano era el puerto de Bombay (India). Que su barco, el Arcano II, lo tenía anclado allí y que cualquier correspondencia la podía enviar a esa dirección, que él la recibiría. También podía dejársela a ella, que una vez por mes le enviaba un sobre con libros, correspondencia o revistas.

Con estos datos se despidió de la señora que tan amablemente le atendiera. Tomó un taxi que lo condujo al correo y allí depositó la carta para Sir Thomas. Sólo quedaba esperar y desearse suerte, para que todo marchara a la par de nuestros deseos.

En agosto estaba de vuelta en Las Palmas. Me dio cuenta de sus diligencias y de sus periódicas comunicaciones con Artenea. Desde el barco le había comunicado su gestión.

En septiembre se declaraba la Segunda Guerra Mundial. Malas noticias para nuestros amigos y para nosotros. Sugerí a Demetrio que dejase de trabajar en el barco. La navegación en alta mar se había convertido en un peligro constante. La situación económica en las islas era pésima. Si necesario fuese saldríamos de pesca en el «Pacificador». Por otro lado nos quedaban aún cincuenta doblones de a cien que nos permitirían afrontar la crisis.

En diciembre del año treinta y nueve recibimos la tan ansiada carta de Sir Thomas. Estaba fechada el veintinueve de septiembre. Había tardado dos meses y medio justos. Decía que agradecía mucho nuestro interés; que estaría durante todo el año cuarenta en Londres y que trataría de acercarse a las islas.

Nuestra alegría y la de nuestros amigos, que ya conocían la noticia por Artenea, no tuvo límites. Sin embargo, los días pasaron, también los meses y hasta los años, antes de que volviésemos a tener noticias suyas.

La guerra, con toda su secuela de crímenes, maldades y atropellos, se había extendido por medio mundo. Los mares estaban infestados de peligros y la travesía que había de cubrir el Arcano II para arribar a Londres, era muy larga y peligrosa en extremo.

Y continuó el paso de los años... ¿Cuatro? A finales del cuarenta y cuatro, otra carta de Bombay vino a reavivar las esperanzas apagadas. Estaba fechada cuatro meses antes. Escrita por su hija, nos traía malas nuevas, pero renovadoras esperanzas. Su padre había fallecido. Su esposo y ella, que serían los continuadores de la obra del padre, zarparían para Londres tan pronto finalizara la guerra y, una vez cumplimentadas ciertas diligencias, pondrían proa a Las Palmas donde planeaban pasar unas largas vacaciones y ponerse en contacto con nosotros.

En diciembre del cuarenta y cinco recibimos noticias de Eileen, la hija de Mr. Walker, desde Londres y, en junio del cuarenta y seis, recibíamos Demetrio y yo, en el puerto de Santa Catalina, al Arcano II.

Todas estas novedades fueron comunicadas, oportunamente a nuestros amigos de Aprositus, quienes dieron su conformidad para que nuestro mensaje les fuese transmitido a Eileen y su esposo, Mr. Peter Carrison.

En la misma tarde de su llegada le entregamos el anillo calendárico y el mensaje escrito."

-Habíamos cumplido nuestra misión -dijo el *aristócrata* mientras pasaba uno de sus brazos sobre mis hombros y daba un profundo suspiro de alivio-. Sólo nos resta, agregó mirándome a los ojos, preparar nuestra expedición hacia Aprositus con toda urgencia.

Metido totalmente en el relato del padrino, no había reparado en la hora. Mrs. Eileen Carrison aclaró que, al día siguiente, pasaría por casa para recogerme y bajar juntos a Las Palmas.

Regresamos a casa. Era hora de cenar. El puchero humeante esperaba impaciente sobre el hule verde de la mesa. Aquella era una casa donde se respiraba felicidad. Jamás vi asomar a las caras de aquella familia el mohín desagradable, la palabra zahiriente o el rostro hosco.

Recordando los doblones de a cien y haciendo cálculos sobre su

valor, casi quedé dormido, no antes de prometerme a mí mismo no hacer juicio jamás, de persona alguna, sin poseer datos precisos y veraces. Mrs. Eileen Carrison era toda una dama inglesa.

Tomamos el autobús de las ocho en San Mateo y una hora después llegábamos al puerto de Santa Catalina. El Arcano II era un yate de unos doce metros de eslora, preparado para toda travesía. Pintado totalmente de blanco, no poseía velas pero sí un poderoso motor diesel y capacidad para una docena de personas. Me pareció familiar y sus líneas, disposición de cubierta y pequeño puente, daban la sensación de elegancia y buen gusto.

Mrs. Eileen Carrison batió palmas y gritó, mientras pasábamos a la cubierta del Arcano II:

-¡Eh, dormilones!

Dos hombres que posiblemente estaban desayunando, aparecieron. Mrs. Carrison abrazó a su esposo y saludó a quien no podía ser otro que Demetrio. Luego me presentó a Mr. Carrison (38 años) y a Demetrio (41 años). Este aparentaba unos diez años menos. Fuertes y de buen aspecto, ambos tenían el sello de los hombres de mar.

En el pequeño comedor-cocina desayunamos mientras Mrs. Eileen Carrison comentaba los últimos datos que había anotado en su cuaderno, referentes al segundo relato del *aristócrata*. Propuso que de acuerdo a lo que había escuchado, mucho más amplio que en su primer relato, pensaba que no tenían por qué aplazar más la expedición. Hacía tres meses que estaban en Las Palmas y proponía que ésta se realizase en octubre.

Hablaron mucho al respecto, cambiando impresiones para acordar, definitivamente, que la expedición saldría a mediados de octubre.

Cuatro días estuve en el Arcano II. Eran gente maravillosa. Todos trataron de enseñarme algo y tendría que hacer de todo, desde poner en marcha la máquina hasta orientarme o poner la embar-

cación en rumbo. También colaboraría en la limpieza, cocina y mantenimiento.

El trabajo se repartiría. Todos tendríamos que hacer de todo y por lo tanto, saberlo hacer. Mr. Carrison era un marinero más. De aspecto juvenil y alegre, así como baldeaba la cubierta, hacía gimnasia o se lanzaba al agua para nadar. También se le veía alternar en la cocina para preparar pescado o mariscos, que le encantaba acompañar con cerveza.

Mi entusiasmo por aprender estaba al límite. Se me iba el tiempo preguntando el nombre de las cosas. El día que Aristán bajó a buscarme, habían decidido la marcha para el quince de octubre. Después de almorzar me llevó a los comercios de Triana, en unión de Demetrio, para comprar un equipo completo, propio para la expedición. Ellos también compraron lo necesario.

A la tarde subimos a Moya, mi pueblo, para poner en antecedentes «aproximados» a mi familia. Al día siguiente regresamos a San Mateo.

Diez días nos separaban de la fecha fijada para partir.



*Soñada por los navegantes, cantada por los poetas o narrada por los historiadores desde tiempo inmemorial, La Atlántida y todo ente o entelequia que aporte alguna luz sobre el continente perdido, atrae irresistiblemente, incluso a la investigación científica.*

## **X. EXPEDICIÓN ARCANO II**

Hasta el quince de octubre del año cuarenta y seis, fecha fijada para partir, lo pasé en el Arcano II aprendiendo, practicando, entendiéndonos.

Demetrio se había convertido en mi maestro. Afable, voluntarioso, culto y bondadoso; absorbía mi tiempo y mi curiosidad de aprender. Había terminado mi sexto de bachiller. Me hizo comprar todos los textos de séptimo. Él me ayudaría en el estudio, pues terminado su secundario estudiaba Filosofía y Letras. Decía que el tiempo que emplease conmigo le serviría de repaso.

En nuestras salidas, alguna librería era siempre visita obligada para saciar sus ansias de saber. Leía en español y en inglés. Al hablar con Mr. Carrison o con Eileen, lo hacía indefectiblemente en inglés.

Me hablaba de Atlantaria, rozando su gran amor por Artenea, que no podía ni quería disimular. Pensaba quedarse en Atlantaria, «ellos» se lo habían prometido. En Las Palmas le quedaba sólo su madre, que había encomendado a mi padrino. Su entusiasmo y enamoramiento eran tales que a mí se me había despertado afición a los atlantarios. Deseaba sus narraciones o sus comentarios que despertaban mi fantasía, llevándola a errar por regiones de ensueño donde nuestros cuentos, nuestras fábulas o nuestra imaginación quedaban enanas.

Todo estaba listo en el Arcano II para la expedición. Se había hecho una larga lista de implementos; cartas de navegación, mapas, derrotero, libros de consulta, gas-oil, aceite, repuestos para el motor y demás necesidades de la nave. Alimentos, agua y medicamentos para un mes.

Dos días antes estaríamos todos en el Arcano II para una reunión donde se efectuaría un repaso general de actividades, necesidades e imprevistos que pudiesen surgir en la travesía. Partiríamos el día quince a la mañana. El derrotero a seguir era: Las Palmas -rumbo Sur-, Maspalomas, Arguineguín, Puerto de Los Cristianos (Tenerife), Punta de Fuencaliente (La Palma), para seguir costeano hasta el puerto de Tazacorte, donde pernoctaríamos.

Como estaba previsto, zarpamos en la fecha señalada cubriendo el itinerario sin novedad. Atracamos en Tazacorte (La Palma), siendo las 22 horas.

En Tazacorte comunicamos telepáticamente con Atlantaria. Esperaban nuestra visita. Tendríamos que navegar hasta Punta Gorda (La Palma), y allí pondríamos rumbo N.O. 45°. Al entrar en la niebla apagaríamos todas las máquinas. Bastiano nos daría la bienvenida.

*-Paz y felicidad.*

Una ola de alegría, de paz, de felicidad, parecía haber invadido todos los rincones del Arcano II. Aquella noche pienso que todos habrán dormido como yo, «a los saltillos».

Antes de que el sol despuntara, estaba todo el mundo sobre cubierta esperando la orden de partida. Desayunamos antes de zarpar y en las caras, en los gestos y en las palabras de todos, había un algo inexplicable que nos unía aún más. Pienso que ellos sentirían lo mismo que yo: ganas de abrazarlos a todos para de alguna manera exteriorizar mis sentimientos.

Antes de levantarnos de la mesa, Mr. Carrison se expresó así.

Como Atlante no cabe en su piel, ya que las prisas se le salen por los poros, que él ponga en marcha la máquina, que desatraque y que saque el yate de la bahía, que lo gobierne durante todo el día hasta encontrarnos con Bastiano.

Me atrevo -contesté.  
Demetrio agregó que él me ayudaría.

«No, no!» -exclamó Mr. Carrison- que él realice todas las maniobras. Tú -dijo refiriéndose a Demetrio- lo supervisas, pero sin meter las manos. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -contesté-, y salí corriendo hacia el cuarto de máquinas.

Bajo la mirada atenta y paternal de Demetrio, el Arcano II, con gran parsimonia y prudencia por mi parte, despegó airosamente bajo la presión de mis manos, del puerto de Tazacorte. A las nueve y media habíamos llegado a las inmediaciones de Punta Gorda e inmediatamente lo puse en ruta, rumbo 45° N.O.

Aristán, Mr. y Mrs. Carrison se habían desentendido del pilotaje. Hablaban o comentaban sobre los conocimientos de Aristán en Atlantaria y vigilaban el horizonte. Mientras almorzábamos, Guayahisen estableció contacto con todos. Fue la primera vez que mi cerebro se vio conturbado por la impresión vibratoria de ideogramas mentales provocados por otra persona.

La sensación que recuerdo fue de vacío mental, seguido de una especie de latido más perceptible que el normal, como el que se siente luego de una carrera corta.

Guayahisen se presentó a todos saludando:

*-Paz y felicidad.*

Sabía que el viaje se desarrollaba con toda normalidad, ya que tiempo y mar transcurrían en calma. Nos informó que siguiendo a la velocidad de crucero, llegaríamos a las inmediaciones de Atlantaria de nueve a diez de la noche. Mientras, permaneceríamos en su mente.

Tal y como nos lo había anunciado, a las veintiuna horas (GMT) entramos en el banco de niebla. Paramos las máquinas. Los relojes se pararon y las agujas imantadas se dislocaron. Los únicos mecanismos en funcionamiento eran los relojes calendáricos regalo de Atlantaria.

El yate continuó su avance hasta que el impulso cesó. Noche y niebla parecían competir para no dejarnos distinguir nada a más de dos metros de distancia.

A pesar de la oscuridad, multitud de delfines comenzaron a distraernos con sus piruetas en torno al Arcano II. Parecían darnos la bienvenida.

Un delfín se acercó veloz por babor. Un atlantario permanecía de pie sobre su lomo. Tenía abundante cabellera y larga barba. Apoyó sus manos sobre la borda y, dando un salto, quedó plantado sobre la cubierta.

-¡Demetrio! -exclamó en voz casi inaudible.

Demetrio, que se encontraba en ese lado del yate, corrió hacia él con los brazos abiertos y ambos quedaron fundidos en un abrazo. Aristán se les unió, y los tres amigos permanecieron saboreando la emoción de un encuentro largamente esperado. Fueron momentos emocionantes de los que todos participamos.

Bastiano, pues no era otro, saludó luego al matrimonio y en último término a mí.

Pasados los momentos de emoción y sorpresa, Bastiano, mediante silbos agudos, hizo que unos treinta cetáceos enganchados a proa del Arcano II, nos remolcaran a través de la niebla. Pasada ésta, tuve la impresión de encontrarme en otro mundo.

Bastiano, un ser mitad terrícola mitad atlantario, parecía contagiarnos con la aureola de paz y bondad marcada en su rostro y en su proceder. Yo no podía apartar mi vista de él y creo que a todos les ocurría igual. Su evolución física e intelectual, eran a todas luces sorprendentes. Él nos conduciría hacia nuestra purificación total.

Terminada nuestra catarsis corporal y una vez cambiadas nuestras ropas, nos dirigimos hacia la sala de «Hibernación corta» para proceder a la recuperación total de nuestro organismo.

-Han pasado diez años desde que el mar te arrebató del falucho, comentó Aristán. Te encuentro muy rejuvenecido.

-Muy lógico Aristán -contestó-. Piensa lo que hicieron con vosotros en tres días y trata de imaginar lo que pueden haber hecho conmigo en diez años.

Habíamos llegado a la sala. Bastiano pidió encarecidamente a todos, en especial a Mrs. Eileen Carrison, que expresasen cualquier deseo, por más imposible que ello nos pareciera. Durante todo el proceso de purificación, ella había estado en compartimentos separados de los de los hombres.

Bastiano advirtió que cada uno ocuparía una «hamaca anatómica» y que tratásemos de relajarnos al máximo. Tomaríamos el vaso de líquido, que estaría al alcance de nuestra mano, para pasar al estado de letargo corto (doce horas). En ese tiempo harían una inspección total del organismo, interviniendo quirúrgicamente cada órgano que lo necesitase. Posiblemente Aristán y Demetrio, que ya habían pasado por ese examen, tendrían una intervención simple. Los atlantarios pedían disculpas por las molestias.

-Aristán y Demetrio saben, y os lo habrán hecho presente, que antes de entrar en contacto directo con los atlantarios se debe sufrir esta investigación-control de veinticuatro horas. He sido autorizado, a petición mía -prosiguió- para acompañaros en este primer día. Mañana a las doce horas os despertaré y continuaremos la charla, ya que hasta ahora ha sido casi nula. La señora Eileen creo que quiere decir algo -agregó.

-Sí, si, quisiera... -dijo algo confusa-. Mi esposo y yo -dijo mirando a Mr. Carrison- deseáramos saber si hay posibilidad de que yo pueda engendrar.

-Creo, Mrs. Carrison, que ese deseo no ofrecerá dificultad alguna. Mañana tendrá su respuesta y ahora... quisiera despedirme de todos en la forma atlantaria.



Con las manos en los hombros y con las palabras del ritual, se despidió hasta el día siguiente.

La impresión al entrar en el baño de hibernación o baño de los espejos, por llamarlo de alguna forma, fue apoteósica. En un par de horas de purificación habían conseguido que nuestra edad biológica descendiera en apariencia algunos años. Esa era la impresión que reflejaba el total de nuestro cuerpo. Luego nos tomó el letargo para que, durante doce horas, científicos expertos en los secretos de la vida, usando aparatos no soñados aún por los terrestres, consiguieran rebajar en unos diez años esa vida biológica a que tanto nos aferramos. Los imposibles sueños de nuestra civilización habían sido resueltos para todos por métodos simples. El hombre trabajaba, investigaba o descubría para sus congéneres. Su premio consistía en la satisfacción personal y el reconocimiento de los pueblos.

Con estos y otros pensamientos me adentré en el letargo profundo, donde el fluir de mi vida consciente se cortó bruscamente, como quien apaga una bombilla eléctrica al activar el interruptor.

Al siguiente día a las doce y media, Bastiano, con el más amable y suave «Paz y felicidad para siempre», despertaba a los que aún no lo habían hecho. Todo parecía suave, dulce, apacible, y en ese tono, Bastiano nos indicó pasar al mismo baño de la víspera, para luego entrar al comedor.

Otra gran sorpresa nos esperaba. Veinte años menos, había dicho Aristán en alguna parte de su relato. Yo no puedo decir que representaba veinte años menos, puesto que si contaba en aquel entonces diecisiete años, tendría que reducirme a menos tres años, lo que biológicamente sería imposible; pero... ¿cómo o con qué palabras expresar el cambio que me mantenía paralizado ante los espejos? Mis ojos saltaban del cuerpo a la cara, para observar el rostro de un muchacho de diez años con cierto aire de adulto, sobre el cuerpo de un adolescente bien formado. Jamás había tenido oportunidad de admirar mi cuerpo en toda su amplitud. Recordé las palabras de Aristán nuevamente. No había exagerado. El ser humano era una criatura verdaderamente hermosa. Restaurados, recuperados, purificados interna y exteriormente, el *súmmum* de la creación al estilo o en los cánones atlantarios; era un ser eminentemente bello.

Cuando entré en el comedor, Bastiano, Demetrio y Aristán se habían instalado en la terraza. Una mesa para seis comensales y los tres amigos que departían alegres. Habían dejado los dos extremos de la mesa, frente a frente, para el matrimonio. Mr. y Mrs. Carrison llegaron juntos.

Bastiano, convertido en todo un centro dinamizador de efluvios amables, complacientes, amenos, gratos, nos habló.

-Tenemos toda la tarde para estar juntos o, si queréis, podéis dedicar una parte al descanso en vuestros aposentos. Podéis hacer todas las preguntas que se deseéis y, al respecto he de contestar a Mrs. Carrison, que su consulta es afirmativa. Puede proceder.

Eileen no pudo contener su alegría.

¡Bravo! -casi gritó, mientras aplaudía como una chiquilla.

Su esposo, que no le quitaba ojo de encima, pues su figura había ganado un cien por cien en belleza y hermosura, no pudo contenerse y ambos permanecieron abrazados mientras abundantes lágrimas rodaban por sus rostros bellos y emocionados.

-Vuestro caso -continuó Bastiano, refiriéndose a los esposos- según palabras de los científicos intervinientes, fue tan simple como apartar una rama seca en nuestro camino. No entienden el porqué de no haberlo solucionado antes. Ahora debo haceros a todos una advertencia que os pido observar al máximo: debéis hablar suave y pausadamente. Los atlantarios emplean la voz solamente en los discursos, para grabar o para decir algo importante o trascendente. Comúnmente emplean la telepatía. Por eso su órgano de audición es atento y perfecto. El ruido, los gritos o fuertes inflexiones de la voz, son desagradables. Por último, quiero hacerles presente algo que ya saben Demetrio y Aristán. La comida que vamos a realizar es de transi-adaptación al régimen alimenticio de Atlantaria y especial para el proceso de intervenciones a que han sido sometidos. En este horario, que corresponde a su almuerzo, nosotros tomamos una tableta que contiene el total de elementos faltantes y regula los sobrantes, en aquellos organismos en que se ha roto el equilibrio.

Cuando éste es correcto no tomamos el complejo, puesto que la composición de nuestros alimentos tiende a mantener ese equilibrio. En vuestro caso, he de decir que el desequilibrio es muy acusado y que en el próximo día comenzaréis a tomar la tableta. Comencemos, pues, con la comida y las preguntas.

Aristán comenzó diciendo que no le había dejado satisfecho la contestación del día anterior sobre su extremada juventud, ya que su edad real era de cuarenta y ocho años y, además, que deseaba saber más sobre su vida en Atlantaria.

-Muy bien, Aristán. Trataré de explicarme lo más claramente posible.

La mirada de Bastiano, su actitud dulce, su disposición personal hacia todos nosotros, sus ondas vibratorias, permítaseme llamarlo así, nos envolvían a todos como un halago o caricia de paz y amistad.

-Yo había contestado en principio que si en dos horas y, en este momento catorce horas, os han transformado, estéticamente hablando, ¡qué no harían conmigo en diez años! Pues bien, en primer lugar me enseñaron, por ejemplo, este acto que estamos realizando en este mismo momento. Tan sencillo y para vosotros rutinario y sin importancia, aquí tiene una relevancia de primer orden. Es mucho más importante que se preste atención al acto de alimentarnos, que a mis palabras. De este hecho tan simple, tan elemental, dependen, primariamente, vuestra salud, la conservación de vuestro organismo y en definitiva, la prolongación de la juventud y de la vida. Pesan otros muchos factores que ya iréis conociendo.

Entre los que siguen en importancia, puedo mencionar el ambiente de paz y sosiego que se vive a todos los niveles. No existen los estados de nervios, ansiedad, violencia, intranquilidad o neurosis; porque tampoco existe un organismo que les dé cabida. La enfermedad, prácticamente, no existe y ya conocéis tres factores que podíamos catalogar como básicos. Si observáis bien a los atlantarios, llegaréis a la misma conclusión a que llegué yo a mis tres meses de vida consciente: «El país de la sonrisa eterna y la felicidad permanente». Si bien ésta es una concepción muy superficial del ser atlantario.

En cierto sentido, dice la sabiduría: «Somos lo que comemos», por eso es necesario conocer bien cada alimento que entra en nuestro organismo. ¿Qué contiene. Para qué nos sirve. Y preguntarnos: ¿Lo necesitamos? Mantener sano nuestro cuerpo equivale a practicar una serie de principios y reglas desde el nacimiento, salvo factores hereditarios, en vuestro caso.

Pasado un lapso de tiempo en que se habló de los alimentos, de la naturaleza, de las propiedades de éstos y de la bondad de ésta, Bastiano entre bocado y bocado, continuó relatando su vida en Atlantaria.

-En primer lugar -manifestó- asisto al Centro de la Profesionalidad. He superado dos de los cinco ciclos que existen. Tres ciclos se necesitan para salir con una profesión. Cada ciclo consta de unos cinco años, como promedio. Los dos ciclos restantes tienen categoría de sabios y constituyen el *súmmum* o la quintaesencia del saber. Por lo tanto, me resta un ciclo (cinco años) para recibir mi título académico de Investigador en Ciencias del Mar.

-¿Qué comprende ese pomposo título? -interrogó Aristán.

-Todo lo que existe sobre y bajo el lecho marino, o sea: batimetría, topografía de la plataforma submarina y todo lo que en ellos tiene alguna clase de vida.

-Muy interesante -acotó Mr. Carrison-. ¿Habéis avanzado mucho en la tarea?

-Se avanza continuamente. Se extraen materiales desconocidos. Muchos esperan su análisis. Hay tareas que creemos infinitas. Harían falta otras diez «Apropositus» para afrontar lo que supone investigar en las diferentes capas marinas y en los distintos sectores: minerales, vegetales y animales.

-De acuerdo a los informes de Don Aristán -continuó Mr. Carrison-vuestra isla, si es que puedo llamarla así, tiene la propiedad o la fuerza para moverse en todos los sentidos. El tiene la idea de que se trata de un objeto de proporciones semejantes a un islote que flota en el mar. Si todo es así: ¿Cómo hacéis para evitar el choque de nuestros barcos, submarinos o naves aéreas?



-Bien, no soy científico ni especialista en naves o compactos móviles. He aceptado el ser atlantario y por lo tanto, os contestaré como lo haría cualquiera de ellos sin mantener contacto, o conocimiento de estos «ingenios». Sí, es cierto el total contenido de vuestra pregunta, o más correcto la primera parte de vuestra pregunta. En cuanto a la segunda parte, os diré que si esa pregunta hubiese sido hecha a cualquier joven estudiante de Atlantaria, con quienes comparto mis estudios, hubiese sonreído ampliamente. Tened en cuenta que Aprositus existía algunos milenios antes de que vuestro Cristo naciera, pero antes de pasar a la segunda parte de la pregunta, permitid que hagamos una seria reflexión sobre la última matanza de seres humanos en la Tierra. Es importante para vuestra toma de conciencia respecto del «ser atlantario».

Vuestros historiadores la han titulado «Segunda Guerra Mundial». En ella se han asesinado cincuenta millones de seres y dañado a otros cien millones. ¡Escalofriante! Perdonad que mi cuerpo tiemble y que mi corazón lllore por ello.

Había dejado de comer y de hablar. Con ambas manos sobre la cara, paralizado por el dolor, parecía llorar. Nosotros, impresionados, afectados por el peso de tanta sangre vertida y la afrenta ignominiosa, parecíamos cinco estatuas representando al criminal convicto. Un silencio pesado, acusador, nos hacía transpirar la vergüenza incómoda del ser terrícola. Cientos de millones de ojos inocentes parecían poblar el ambiente que se había vuelto irrespirable. Nuestros pulmones y todo nuestro organismo habían paralizado al mínimo sus funciones, consciente de nuestra complicidad en la confabulación homicida. Al paralizar nuestra respiración, aquellos millones de ojos tomaban brillo. Cuando nuestros corazones demandaban la necesidad de aire, millones de ojos perdían el brillo. La impresión que me dejó aquella miríada de lucecillas humanas, era la de haber perdido el derecho a respirar en aras de mi complicidad fratricida. Vívido y lúcido, el cuadro me marcaría para toda la vida.

No sé cuántos minutos estuvimos en aquel pseudo-éxtasis. Cuando Bastiano dejó su rostro al descubierto, estaba demudado. Tomó un jarro de jugo de frutas y nos miró. Todos lo imitamos como si el líquido pudiese arrastrar fuera de nuestro ser todo el cúmulo de humores, éteres, vibraciones o imponderables negativos de cada una de nuestras células.

Recordaba aquellas palabras de Aristán durante su relato: «Sois el animal más enfermo de la Tierra. En ese cuerpo enfermo habita un cerebro enfermo». Mis diecisiete años se rebelaban a admitir totalmente estos conceptos. Aceptaba que aún no me había lanzado al conocimiento práctico de la vida; pero abrigaba la esperanza de que no todos los seres humanos estuviesen contaminados por tal podredumbre. Las cinco personas que habíamos arribado a Atlantaria eran una prueba de ello. Por otro lado, pensaba que en cada ser humano quedaría por los menos una parcela sana, recuperable y depositaria de un resto de amor, justicia o bondad.

Con estos pensamientos de mi imaginación inquieta y *trotamundera*, me sorprendió la palabra cálidamente amistosa de Bastiano.

-Bien amigos, corramos un tupido velo y prosigamos con la segunda parte de la pregunta. Estoy muy feliz de teneros aquí. Sois mis coterráneos y mis amigos. Hago verdadero esfuerzo por contener mi alegría; pero os amo como he aprendido a amar a todos los seres del universo, incluso a las piedras, porque tienen nuestro mismo origen

Su sonrisa había cambiado por completo nuestro estado de ánimo. El cambio operado en Bastiano, en palabras de Aristán, lo habían mantenido subyugado. Le parecía increíble que aquel pescador basto, inculto y con desviaciones alcohólicas, pudiera haberse transformado en el ser que tenía delante.

-Aquellos toscos navegantes de vuestro siglo XVI y anteriores, que hablaban de una isla «A la cual no se puede llegar», estuvieron acertados en sus apreciaciones. Corrían aún los tiempos de la oscuridad. Aprositus, para permanecer aislada, no necesitaba ni siquiera la protección del campo de niebla. Los ahuyentaban con cerrazones o pequeñas tormentas. A veces han dejado que arriben a las costas para reparar sus naves. Cuando intentaban adentrarse o investigar, los ahuyentaban con lluvias, truenos y relámpagos.

Posteriormente, en la época de los grandes vapores, ya tuvieron que usar los telones de niebla. Para desviarlos o hacerlos dar un rodeo se emplearon muchos métodos: paralizar las máquinas y



hacerlos entrar en una corriente provocada que les hacía dar un rodeo. Cambiarles el rumbo sin que se dieran cuenta, dormir tripulaciones enteras, hacerles cambiar el rumbo por órdenes telepáticas y muchos más.

En la actualidad, luego de vuestros aviones, radares, etc., actúan nuestros detectores ultrasensibles. Estos aparatos, que hace algunos milenios que funcionan, al detectar cualquier movimiento no natural, envían una determinada onda burbuja en la que el aparato, sea cual fuere, queda englobado. A partir de ahí éste obedece nuestras directrices. Se le integra en una corriente marina de superficie o en una submarina. Si es aéreo, en un pasillo atmosférico mediante el cual se le transporta fuera de nuestro campo de actividad. Mientras se realizan todas estas operaciones, los aparatos indicadores del vehículo actúan bajo nuestras órdenes e igualmente los radares. A veces se fija la atención de los pilotos en un determinado objetivo, en el que quedan inmersos, mientras dura la operación. Existe en Aprositus un verdadero historial que relata todos estos hechos, dramáticos unos, risibles otros, pero todos ellos de gran interés. Sin embargo -prosiguió no sin un cierto aire de preocupación marcado en su rostro-, como consecuencia de vuestros logros tecnológicos y los que prevemos que sobrevenirán, Aprositus ya no se hará visible como en tiempos pasados. Nuestros módulos permanecerán mayor tiempo separados o en inmersión y nuestros encuentros se realizarán en parajes solitarios y alejados de vuestras rutas marítimas y aéreas.

Absortos entre la realidad y la fantasía, que hermanadas caminaban entre las nieblas de nuestro entendimiento, apenas comíamos. El almuerzo se prolongaba a lomos del relato. Los alimentos, exquisitos y sustanciosos, apenas habían sido tocados. Los rostros de Mr. y Mrs. Carrison, parecían la pura efigie de la seriedad, atenta y concentrada. Bastiano volvió a tomar otro jarro con jugo de frutas y cereales. Nuevamente el auditorio quintuple, volvió a imitarlo.

Hoy, a varias décadas de aquel suceso, pienso o más bien especulo, si Bastiano empuñaba el jarro de jugos porque él realmente sentía sed, o si lo hacía movido por su amabilidad hacia nuestras gargantas reseca por las emociones encontradas del relato, que tan pronto nos sacudía con sus ramalazos no exentos de cierta

agresividad, como nos encantaba sorpresivamente al enfrascarnos en las aventuras fabulosas y desproporcionadas a nuestra capacidad creadora.

-Desconsideradamente os he hecho salir de lo que debe ser el acto alimenticio. Concentrémonos en él y dejemos las preguntas para la sobremesa. Os pido perdón.

A partir de estas palabras cada uno se concentró en su comida, oyéndose de tanto en tanto algún que otro comentario sin importancia.

Terminada la comida, Bastiano volvió a tomar la palabra.

-Sabemos que Demetrio ha decidido quedarse en Atlantaria definitivamente. Nos congratulamos y sé que no te arrepentirás. Estarás conmigo en el Centro de la Profesionalidad.

Demetrio asintió con la cabeza. Yo estaba seguro que todo su pensamiento en aquel momento y desde nuestra llegada a Atlantaria, estaba ocupado totalmente por Artenea.

-Tenemos las dieciséis horas, comentó Bastiano. Creo que os hará bien un descanso. A las veintiuna horas debemos estar en el comedor. En el atrio os saludarán todos vuestros amigos de Atlantaria. Decidme a qué hora deseáis que os venga a buscar.

Las opiniones sobre el descanso fueron dispares. Aristán y Demetrio querían seguir con su amigo. Finalmente privó el consejo de Bastiano, quien dijo que esta vez tendríamos todo el tiempo que quisiéramos para disfrutar de Atlantaria y de los atlantarios.

Nos acompañó hasta la puerta de los aposentos, quedando en pasar a recogernos a las diecinueve horas. Dijo que algunos de los más allegados vendrían posiblemente a esa hora. Demetrio se había puesto colorado.

Los tres hombres ocupamos un aposento compartido. El matrimonio quedó instalado en otro, situado al extremo del edificio.

Nos recostamos para descansar, aunque ninguno de los tres, pienso, pegó un ojo.

-Por fin -expresó Aristán- vas a poder ver a tu Artenea. Creo que debes tomarlo con mucha calma. No sé por qué he llegado a la conclusión de que las cosas del amor entre los atlantarios, no son como en nuestra tierra. Debes hablar de esto con Bastiano. El puede ayudarte y aconsejarte lo más prudente, y tú, Grumete-atlante -prosiguió con énfasis-, no te me vayas a enamorar aquí también.

-Las «cosas del corazón» como tú las llamas, Aristán, ni se pueden prever ni planificar, surgen como brota una semilla cuando le ha llegado su tiempo y nadie, o casi nadie, puede escapar a ello. Es normal y congénito a nuestra naturaleza.

Así se expresó y así continuaron hablando hasta que mi cansancio me entregó al sueño reparador.

*Apartarse de los planteamientos equivocados, supone reconocerlos. Realizar un estudio exhaustivo de lo anómalo y, replanteado y aceptado el nuevo régimen, cumplirlo con absoluta responsabilidad.*

## **XI. NUESTRA VIDA EN ATLANTARIA**

*-Cada ser en su nivel, aun involuntariamente, elabora, forja o alcanza algún tipo de hito o jalón, en su perfección cósmica. Algunos, los pasivos, mirando a las estrellas, esperan el cambio inherente a cada edad cósmica sin forzar su participación voluntaria. Otros, los activos, aceleran sus personales designios. Inquietos, resolutivos, ponen su voluntad y su esfuerzo al servicio de todos. Alguno se cree el centro del mundo. Sólo cuenta su ego. Acrecienta su poder o sus riquezas, tan efímeros como su figura reflejada en burbujas de jabón.*

*Todos, de alguna manera o en algún momento, participan o impulsan la evolución del plan. Ningún buen esfuerzo personal o colectivo, se pierde en la nada. Cada esfuerzo positivo acerca el carro de la humanidad hacia sus metas. Los negativos jamás superarán a los positivos. Cuando esto suceda será el fin de un sistema.*

Así hablaba Imobac refiriéndose a nuestra civilización. Eran las diecinueve treinta y estábamos sentados en el comedor de nuestros aposentos tomando algunos jugos. Demetrio estaba eufórico en su semblante de color subido. Habían venido todos los que de alguna manera tuvieron contacto personal en la anterior visita.

Nos fueron presentados Guayahisen e Ysahora, Artenea y Daidha, Imobac, el hombre de ciento siete años, impresionan-



tes para nosotros, pues, exteriormente, representaba cincuenta y siete. Aythami e Yguanira, Aridane y Delioma, Nurhazet, Achosamán y finalmente Atahyria.

Se respiraba un ambiente feliz y agradable. Personalmente me sentía, y es lo único que se me ocurría pensar, en un mundo distinto. Excitado y nervioso, permanecía atento, tratando de asimilar todo lo que de aquella gente maravillosa se destacaba. No solamente era la suavidad de sus expresiones sino su belleza, no exenta de elegancia, sus modales y algo inexplicable que, como ondas o radiaciones, se desprendía de su presencia. En resumen, me sentía como flotando en una atmósfera tan noble y cautivante, que deseaba que aquella reunión jamás llegase a su fin.

Imobac, que había sido el primero en hacer uso de la palabra, continuó en el tono más apacible y dulce que podía alcanzar su voz de hombre maduro, no exento de cierta dureza. Era evidente que los atlantarios sentían veneración por los mayores.

*-Todos en Atlantaria, especialmente nuestro Consejo de Decanos, lamenta mucho, Mrs. Carrison, la desaparición física de vuestro padre, el Dr. Thomas Walker.*

Eileen tenía dos lágrimas, que en el celeste de sus ojos, brillaron como gotas de rocío al sol de la mañana.

*-Conocíamos -continuó Imobac- la meritoria labor de investigaciones de su padre. De entre todos los hombres seleccionados para nuestra misión había sido elegido él como número uno. El destino ha querido que sea una mujer, su hija, en colaboración con su esposo Mr. Carrison, quienes sean los portadores de nuestro mensaje a las naciones de la Tierra. Sabemos que no seremos defraudados.*

-Gracias Imobac -contestó Eileen-. Mi padre ha muerto con nuestra promesa de que esta expedición se llevaría a cabo. Fue su último deseo y aún en sus postreros delirios o alucinaciones, continuó hablando de Aprositus como si se tratara de algo conocido. Ahora estamos aquí, felices de estar con vosotros. La primera parte de nuestra misión ya está cumplida.

*-Efectivamente, Eileen -continuó Imobac-. Ahora os pedimos a to-*

*dos los componentes de la expedición, que aceptéis nuestra invitación a quedaros en Atlantaria un mes, como mínimo, para que os llevéis un conocimiento amplio y preciso de nuestro plan de vida. ¿Qué os parece?*

Todos aceptamos encantados.

A partir de ahí la conversación se generalizó. Se formaron varios grupos, algunos estaban de pie, otros salieron a la terraza. Vi que Bastiano se iba con los Carrison a un aparte y que luego vino en busca de Atahyria, que aún permanecía sentada. Yo también permanecía sentado, saboreando los jugos. Artenea, Daidha y Demetrio formaban un grupo. Aristán, Delioma y Aridane, con Guayahisen, formaban otro. Este me llamó. Parecía un profeta fluvente de comprensión, de amor, de dulzura.

*-No te quedes solo -exclamó poniendo su mano sobre mis hombros-. Eres muy joven y tienes que aprender mucho. ¡Vamos!*

Y me llevó hacia una puerta lateral. Seguimos por un pasillo y pasamos a un gabinete bastante amplio lleno de aparatos.

*-Aquí -dijo- tendremos que venir muchas veces para que conozcas el manejo y las propiedades de cada uno. Por ahora vamos a usar el acerca-imagen. Volvamos a la terraza.*

Ya en la terraza me puso al tanto de su manejo.

-No se ve gente trabajando la tierra -dije a modo de pregunta.

*-Es un proceso totalmente mecanizado. Desde la plantación, abonos, regadío, cuidados, hasta su recolección, es tarea para nuestros robots manejados a distancia. Si ves a alguien en las plantaciones se trata de investigadores, estudiosos o simplemente personas a quienes les gusta pasear o estar entre las plantas.*

-Según comentarios de Aristán, ocasionalmente, un robot contestó a sus preguntas. ¿Cómo puede una máquina contestar las preguntas de un ser inteligente?

*-En esos casos -contestó- el robot hace de intermediario. Recibe*

*las preguntas y las transmite a su centro inteligente. Este las traduce y contesta telepáticamente al robot para que éste, a su vez, las trasmite al preguntador. En otros casos, los robots realizan tareas ordenadas telepáticamente u órdenes programadas en su memoria para realizar en horarios, lugares y fechas señalados.*

Llegó la hora de trasladarnos al comedor. Unos lo hicieron en sus tubos voladores, otros nos acompañaron a través de una vía mecánica.

Nuestro primer día se cerró con la presentación del total de la Unidad E-4, unas cuatrocientas personas. La gran cena de los pacíficos, agradables, sonrientes y bellos seres. Un gran concierto coral con más de doscientas voces y la conversación extraordinariamente interesante entre los veinte comensales que componían nuestra mesa. En ella estaban los trece atlantarios conocidos, más un nuevo comensal; el Dr. Aruma, decano de los médicos en la Unidad 4 y también el mayor (110 años) de los que habían intervenido en nuestra recuperación orgánica. Aruma y Athayría se sentaron a ambos lados del matrimonio. Pensé que posiblemente querrían asesorarles sobre su decisión de engendrar.

*«Los caminos de la sabiduría son infinitos. Si vives de acuerdo a las leyes de la Naturaleza jamás enfermarás. Ella temple tu equilibrio para conseguir la armonía.»*

Estas palabras adornaban el fondo del escenario en luces verde-fluorescente.

Bastiano, que había dejado su tubo volador en las inmediaciones de nuestros aposentos, nos acompañó. Durante el camino se habló mucho. Cada uno y especialmente la pareja y yo, por ser novatos, de las impresiones sobresalientes.

Eileen estaba muy contenta. Su caso estaba resuelto satisfactoriamente. Aconsejaronle la procreación pasado un mes. Al respecto, Bastiano aclaró que «ellos» tomaban muy en serio tanto las cuestiones del amor como las de la procreación.

-Se preocuparán por vosotros -añadió refiriéndose a los esposos.

-El amor ata -decía-. Hace brotar sentimientos desconocidos que pueden, incontrolados, hacer zozobrar la barca de la felicidad. Cuando dos se aman -prosiguió- tratan de estar juntos. Si deciden vivir unidos, no procrearán hasta no estar ambos bien seguros de que el nuevo ser será feliz con la atención y el amor de los dos. El hecho de engendrar, no solamente es un acto de amor, sino un compromiso de honor hacia el nuevo ser.

-Su amor es muy razonado. Ellos piensan que el fracaso de una pareja trae consigo la infelicidad de por lo menos cuatro personas. Las dos que la forman. Otras dos personas que, eventualmente, pudieran haber sido su pareja ideal, más los hijos que, de procrearse, pudieran sentar la base de una infelicidad transmisible.

Habíamos llegado. Bastiano acompañó al matrimonio Carrison a sus aposentos y luego se quedó con nosotros algunos minutos.

-Amigo Demetrio -expresó-, tómallo con mucha calma pero también con mucha esperanza. Mañana -agregó- estaré aquí de nueve a diez. Desayunaré con vosotros.

Luego del saludo ritual, se retiró. Había concluido nuestro primer día en Atlantaria. Emociones y sensaciones desconocidas mantenían mi espíritu inquieto. No sentía sueño y temía no poderlo conciliar, pues quería durante el día mantenerme alerta y «vivo», para aprehender todos y cada uno de los detalles de tanta novedad a nuestras fronteras terrícolas.

Se empezaba a colar la claridad del nuevo día, a través de las cristaleras, cuando observé que Demetrio se levantaba. El *aristócrata* dormía profundamente. Imité a Demetrio y nos encontramos en los baños. Terminada la inmersión y el aseo, un maniquí esperaba con el cambio total de ropas.

Nos dirigimos al comedor para tomar algunos jugos. Le propuse a Demetrio bajar a la puerta de entrada para esperar a Bastiano. Deseaba ardientemente verlo descender y observar de cerca el móvil aéreo. Demetrio calculó que aún era muy temprano.

-Pongámonos en la terraza -dijo-. Si observamos que algún móvil se acerca, bajamos. ¿Qué piensas de todo esto, Atlante?

-Estoy maravillado -contesté-. Me gustaría saber qué piensan los atlantarios.

-¡Ah!... muy bien, de acuerdo. Se lo preguntaremos a Bastiano tan pronto llegue.

Las mezclas de jugos eran una delicia. Decidimos esperar para desayunar con los demás. Eran las ocho y ya se observaban algunos móviles aéreos que se desplazaban, en su mayoría, hacia el comedor comunal. Uno de los móviles venía en dirección a nosotros.

-¡Bajemos! -dije a Demetrio y salimos corriendo hacia el exterior.

Efectivamente, Bastiano estaba casi encima de nosotros y bajaba suavemente en posición horizontal. Al llegar a unos diez metros del suelo, como si toda la maniobra dependiera de su voluntad, bajó casi verticalmente. Reía el canario-atlante con una sonrisa de oreja a oreja. Comprensivo, buenazo, se le notaba totalmente integrado a la calidad de atlantario. A mí se me volvía espinoso pensar que aquel ser abierto, sin dobleces, de mirada limpia, que dejaba penetrar sus pensamientos en la entrega del saludo sincero y pacífico, fuese una persona de la misma procedencia y raza que nosotros.

Indudablemente, el hombre y los senderos de su perfección son infinitos y desconocidos. Conformábamos una sombra insegura, imprecisa, tambaleante, diría el *aristócrata*, al lado de Bastiano.

Nos saludó, luego de dejar su móvil colgado al lado de la puerta de entrada, como quien cuelga un paraguas en nuestra tierra.

Ya se dirigía a la puerta de entrada cuando, en tono apocado, casi balbuceante, intenté decirle la pregunta planeada.

-¡Ya lo sabía hombre!, pero esperaba que me lo preguntases. ¡Rompe el ostracismo! ¡Libérate, Atlante! -añadió riendo mien-

tras me zarandeaba cariñosamente por los hombros-. Aquí la libertad de pensamiento, de palabra y de obra es completa.

-¡Cómo! -intervino Demetrio-. ¿También para los nocivos?

-Bueno -exclamó Bastiano-, se trata de aceptar por vosotros que el mal no existe en Atlantaria. Es muy difícil entenderlo sin haber pasado por el Centro de la Profesionalidad, que es al mismo tiempo de formación, principios y educación de la personalidad. Es problemático asumirlo a vuestra mentalidad, formada en un ambiente donde la delincuencia es común y continua.

Vamos a tener oportunidad de convivir algunos días en el Centro de la Profesionalidad. Imaginaos que la formación del individuo en Atlantaria comienza, prácticamente, desde el nacimiento y, más propiamente, desde los cinco años hasta los treinta. Si en veinticinco años de formación consciente y cuidada, con el ejemplo de una población como la que estáis conociendo, no se logra extirpar el mal, resultaría un fracaso completo y rotundo del sistema y no es así desde hace miles de años.

Se trata de un compendio de realizaciones continuas y milenarias en pos del bien y la felicidad.

-Pero -insistió Demetrio- ¿no se da ni un solo caso?

-En las poblaciones ni un solo caso. En la ciudad de la profesionalidad, sí. Se dan los pensamientos, las palabras, los diálogos y alguna rara violencia o atropello exteriorizada. Hacen historia y quedan registrados entre los «hechos desagradables». Veo -agregó-, que ni os convenzo ni lo entendéis.

-¡Sí, sí! -vaciló dubitativo Demetrio.

-Bien -añadió Bastiano-, supongamos que exista una persona con un cerebro privilegiado que tiene la facultad de registrar todo pensamiento considerado negativo o nocivo, dentro de un radio de acción de cinco kilómetros. Que esta persona reside en el Centro de la Profesionalidad. Que desde el momento de su origen, capta y registra todos los pensamientos o ideas negativas que se producen en los cerebros bajo su radio de acción. Que cada día este



cerebro mecánico da cuenta de viva voz ante el parlamento de profesores y alumnos, de los pensamientos considerados nocivos y que corresponden a las veinticuatro horas anteriores.

Antes del comienzo de las clases, estas ideas que pueden ser nefastas, se discuten, se decantan y se llega a una conclusión. En ella intervienen profesores y alumnos. Las personas que generaron esas ideas están ahí, aunque nadie puede identificarlas. A veces se decanta un pensamiento durante semanas o se vuelve sobre él pasado un tiempo. Jamás se abandona una idea sin llegar a una conclusión clara, unánime y razonada en todos sus pormenores. Las ideas nuevas se aceptan, se desechan o quedan en suspenso.

En los últimos años de formación, o sea de los veinticinco a los treinta, y podríamos alargarnos a partir de los veinte, casi no se dan casos de esta naturaleza. La verdad es una y cuando llegas a ella, a partir de tu propio esfuerzo integrado, nunca te abandonará.

Esto que os he relatado constituye un factor que coadyuva al logro de una personalidad integradora y sana. No quiere esto decir que sea el más importante. Toda la institución gira alrededor de unos principios que son como una luz interior escupida en cada uno de los individuos. Paz, amor, libertad, lealtad, felicidad, respeto, sinceridad; son principios inequívocos de una formación excelente.

-Subamos -dijo mirando su reloj anular-, es buena hora para desayunar.

La naturaleza sazónada y exquisita llenaba las mesas de aromas apetecibles. Mr. Carrison y Eileen conversaban animadamente con el *aristócrata*. Bastiano saludó a todos invitándonos a imitarlo con lo que se cumplió el lema atlantario de todos para todos. A continuación expuso algunas disquisiciones que se le plantearon en los primeros días de estancia entre los atlantarios:

-Si éramos una parte integrante del todo, ¿por qué me costaba tanto abrir mi corazón, universalizar mis sentimientos, para efectuar un saludo total y auténtico como lo hacían los atlantarios?

Quería adaptarme a ellos porque entendía que sus comportamientos eran limpios, abiertos, dispuestos siempre a dar su amistad, su amor, sus conocimientos, sus pertenencias, su tiempo; pero... constituíamos dos civilizaciones muy distanciadas, con la totalidad de cargas que ello supone. No obstante, recordaba a «Francisquillo de Asís», otro terráqueo iluminado, «*porque es dando como recibiréis*» decía, y fue ridiculizado en la Tierra.

Yo palpaba aquella realidad en cada uno de los seres que iba conociendo. Su paz interior reflejada en todo su ser. Sus deseos de hacerme partícipe de su alegría y de su felicidad. Su vida sencilla y natural dentro de su avanzada evolución o su progreso científico, captaban mi voluntad al descubrir que aquel portento de equilibrio viviente armonizaba perfectamente con nuestra naturaleza.

Las disquisiciones de Bastiano eran la misma experiencia por la que nosotros estábamos pasando.

Mi pensamiento erraba despuntando secuencias o arraigando vivencias, mientras el desayuno de los seis terrestres en Atlantaria, avanzaba apacible y mesurado en palabras y yantares. Conducido de la mano de un mixto atlantario-canario semi-evolucionado. ¡Qué cambio! -pensaba-. La vida terrestre lo había abandonado con la botella de ron en sus labios, para encontrarlo en Atlantaria convertido en un profesor avanzado en los saberes del cosmos. Increíble y aleccionador. Diez años habían bastado para rescatar a un ser de la obscuridad física y mental, llevándolo a la superficie pulcra y luminosa que reflejaba la integridad de su ser.

En aquel momento proponía esquemas para iniciar nuestro segundo día en Atlantaria. Debatiendo el tema, tomado entre dos científicos y un estudiante de filosofía, habían decidido como primera visita ir a la biblioteca.

Eileen estaba entusiasmada. Había pedido llevar sus cuadernos de notas que había dejado en el Arcano II. Bastiano dijo que allí le proveerían de lo que necesitase. Si el tiempo alcanzaba visitarían la playa, los delfines, un gimnasio. Sin embargo, yo personalmente me sentía obsesionado por conocer el móvil volador

y, en cuanto tuve una oportunidad, se lo hice saber a Bastiano.

-Atención y prioridad a las ideas frescas o a las jóvenes. ¡Vamos! - exclamó- que me sigan los que quieran conocer el móvil volador.

Todos le seguimos. Se paró frente al aparato. Éste colgaba de un soporte metálico.

-Ahí lo tenéis. Un metro cincuenta de largo. Dieciocho centímetros de diámetro y unos siete kilogramos de peso -lo había desenganchado-. Tómenle el peso.

El «artefacto» pasó de mano en mano.

-Es muy manejable, cómodo y ágil. Vean cómo se acopla al cuerpo perfectamente.

Dos correas o especie de correas caían sobre los hombros y cruzadas sobre el pecho enganchaban nuevamente al móvil. Bajo éstas, dos hombreras almohadilladas y perfectamente anatómicas, hacían que el móvil se sostuviera sobre los hombros cuando se permanecía de pie. A la altura de la cintura otra almohadilla anatómica, con correas, lo sujetaba al vientre y por fin dos más, a la altura del comienzo de los muslos, enganchaban a éstos por dentro.

-Como se puede apreciar, totalmente simple. En un par de minutos estaremos listos para volar.

-¿Cómo haces para maniobrarlo?

-Bien, los que somos prácticos sólo usamos manos y pies, siempre que se trate de trayectos cortos. Si el trayecto a cubrir es apreciable, usamos guantes especiales que, al separar los dedos, quedan formando dos palas a modo de las patas de los patos. Los guantes nos protegen y facilitan la maniobrabilidad. Aparte, llevamos una especie de casco que termina en punta y protege del frío hasta los hombros.

Si deseo despegar ahora, solo tengo que estirar brazos y manos hacia el cielo. Con las palmas de las manos hacia adelante, el

despegue será vertical. Se obtienen los mismos efectos que bajo el agua. Cuando nos tiramos de un tobogán, si dejamos las manos estiradas y derechas hacia el fondo bajamos, pero si las doblamos hacia la superficie, subimos inmediatamente. Igual pasa en la atmósfera. Ahora bien, cuando empezamos a usarlo debemos utilizar todos los implementos. Por ejemplo: ¿veis esta diminuta palanca incrustada en el tubo? Bien, si yo la alzo... -al accionarla, dos alerones laterales en forma de uve se habían abierto a ambos costados del tubo- estos alerones facilitan la estabilidad, tanto para el despegue como para avanzar en plano o para descender. Una vez que conocemos el pequeño móvil no necesitamos más que nuestro cuerpo. Nos deja la sensación de que forma parte de nosotros, dándonos una seguridad total.

-¿No se producen accidentes? -indagó Mr. Carrison.

-No. Aparte, existe otro mecanismo. Fijaos en ese corto tubo que, a mi espalda, está vertical al aparato. Pues bien, tiene la propiedad de chupar aire. Se usa para descender en plano horizontal o puede servir en caso de producirse algún desperfecto en el tubo principal, caso que nunca se ha dado.

-Todo muy simple, como acabas de afirmar -intervino Eileen-. Los resultados excelentes pero nos falta el dato principal: ¿qué carburante usáis para mover este prodigio?

-¡Ah! -replicó Bastiano que ya se había desprendido del móvil haciendo un simpático movimiento de manos-. Ese detalle, Mrs. Carrison, es simplísimo, mas... hay que pasarse veinticinco años en el Centro de la Profesionalidad para entenderlo. Sin embargo -dijo sonriente-, os daré un símil, el mismo que me dieron a mí cuando comencé a volar e hice la misma pregunta. Y figuraos -añadió con expresión ampulosa, tomando o más bien imitando la postura de un abuelo cuando quiere relatar un cuento a sus nietos-, imaginad que dentro de ese tubo hemos encerrado un animal peligrosísimo. Ese animal se alimenta exclusivamente de aire, pero necesita colosales cantidades de ese elemento para su manutención. ¿Qué hacemos los propietarios del móvil? Casi lo matamos de hambre. Cuando queremos volar no tenemos más que accionar la entrada de aire y el animal se bebe todo el que existe a su alrededor, haciendo que el móvil se clave, por así decirlo, en la atmósfera.

Todos reímos la ocurrente salida.

-Genial -agregó Eileen.

Bastiano reía agradablemente.

-Trataré de redondear la explicación, todo sea por Eileen. A ver si ahora resulta que el móvil volador va a traer cola.

El matrimonio reía, aunque yo no entendía nada.

-Pues bien, señores, básicamente el carburante lo tomamos del mismo aire que respiramos. Simple, pero complicado a la vez. Estas fuerzas o energías simples, nos permiten elevarnos o mover inmensas moles. En el espacio sideral, nos movemos aprovechando las distintas fuerzas gravitatorias que existen entre las estrellas. Se establecen canales o pasillos donde se neutraliza la gravedad que nos retiene, dejando activada aquella hacia donde queremos movernos.

En mis diez años de vida en Atlantaria, no he llegado aún a dominar el fondo científico de la cuestión, pero para vuestro nivel, y tratando de simplificar el tema, podríamos decir que una vez situados en determinado canal se trata, simplemente, de especular o de jugar con los distintos campos gravitatorios que se entrecruzan en el espacio

Bien -agregó rompiendo nuestro encantamiento tras una pausa si todos estamos listos, podemos ir en dirección de la Biblioteca

Observaba que Aristán no abría la boca Impresionado, posiblemente, por el cambio de Bastiano, clavaba los ojos en él como si esperara la aparición del Bastiano de diez años atrás.

Camínamos hacia una entrada subterránea para tomar la acera mecánica que nos llevaría al centro de la población.

-Cogeos de la mano, de dos en dos, para conservar el equilibrio -observó Bastiano

Desembocamos donde estaba enclavada la Biblioteca Bastiano

se había puesto en contacto telepático con Artenea y Daidha para que nos asesorasen en nuestras andanzas por las distintas dependencias de tan impresionante Biblioteca. Ambas pasaban muchas horas en la misma ya que Artenea estudiaba Historia de las Civilizaciones y Daidha Historia de las Artes.

Al llegar nos esperaban a la entrada. Demetrio, que últimamente se había convertido en mi inseparable confidente, cambió el semblante tan pronto las divisó. Como hermano gemelo acusaba sus reacciones, y había aprendido a conocerlas escudriñando su rostro. Le había tomado un gran aprecio y me afectaba lo inconcreto de su situación amorosa. Sabía lo grande y profundo de sus sentimientos. Me empeñaba en ayudarle con mi amistad, tratando de estar siempre a su lado, brindándole compañía y conversación.

En los momentos del saludo atlantario, aquellos instantes deliciosos en que la luminosidad de otro ser parecía llenar hasta el último recoveco de nuestra sensibilidad, se iban consolidando en nuestro interior. Eran segundos durante los cuales el cúmulo de nuestros sentimientos experimentaba una sacudida. Algo así como una respuesta de presencia y existencia. Como si dijeran en su lenguaje interior: estamos aquí, íntegros, auténticos, prestos a acudir allí donde tú quieras brindar amistad, solidaridad, amor...

No pude sustraerme a compartir el momento emocionante del saludo entre Artenea y Demetrio Millares de años separaban aquellos dos seres en distinto plano sideral, pero que el destino, llamémosle astral, cósmico, galáctico, para el que no se conocen los imposibles, había unido en vibraciones unísonas. Aquel saludo donde las almas decían más que las palabras, me emocionó Sus ojos estaban húmedos y las palabras, apenas audibles, se perdieron en la plenitud del éxtasis amoroso.

Cuando Artenea posó sus manos sobre mis hombros para saludarme, tuve la impresión de que todo su cuerpo vibraba aún Cuando le expresé mi «Paz y felicidad para toda la vida» tenía sus ojos clavados en los míos No pudo articular palabra, pero su sonrisa maternal y la presión de sus manos sobre mis hombros, me confirmaron que un sentimiento especial cobraba vida en Artenea. Aunque Demetrio se debatía aún en un mar de dudas, yo estaba



seguro de que algo maravilloso estaba tomando forma y asentándose entre él y Artenea.

-En honor de la mayoría -exclamó Daydha luego de terminados los saludos- visitaremos el pabellón de Lengua Hispánica, luego pasaremos al de Lengua Inglesa y, terminado esto, decidiremos qué hacer.

El matrimonio se había adelantado con Daydha y Aristán. Detrás quedábamos Bastiano, Artenea, Demetrio y yo.

Al introducirnos en el pabellón de Lengua Hispánica el ambiente de interés se despertó en todo el grupo. El matrimonio Carrison se deshacía en comentarios de asombro.

-¿Cómo habéis hecho para conseguir todo esto? Es realmente impresionante, por el número y la amplitud de los textos.

-Tened en cuenta -replicó Daydha- que cuando vosotros, o mejor dicho vuestra civilización, se insinuaba torpemente en el ideograma, nosotros poseíamos aparatos capaces de escuchar y seleccionar cualquier sonido proveniente de la Tierra. En determinadas distancias podíamos grabar vuestras palabras. Algún día, o cuando visitéis el Centro de la Profesionalidad, podremos ver algunos de esos aparatos.

Mr. Carrison y su esposa estaban en su ambiente. Pidieron algunos libros y tomaron asiento para hojearlos. Su sorpresa no tenía límites.

Demetrio preguntó a Artenea si podría continuar sus estudios de Filosofía y Letras. Esta le contestó que no existía esa profesión como tal, pues su contenido intrínseco estaba incluido en los estudios básicos.

*-No tienes que preocuparte por ello -agregó-, te efectuarán un estudio-examen para orientarte, siempre en comunicación contigo, qué profesión o profesiones son las más adecuadas a tus condiciones físico-intelectuales.*

Daydha había bajado un volumen, que se notaba muy usado, y con él en la mano, llamando la atención sobre el mismo, expresó:

*-No existe un solo atlantario a quien no haya hecho sonreír, en cualquier edad, este libro. La parte dedicada a la isla Aprositus despierta para nosotros variados sentimientos, desde emocionarnos hasta las lágrimas a provocar una sonrisa comprensiva.*

Se trataba de la «Historia de la Conquista de las Islas Canarias» de Abreu Galindo, traducida al inglés por G. Glas en el año 1764.

El texto pasó de mano en mano, hasta llegar a nosotros. Artenea lo abrió en el capítulo XXV y pasando una hoja leyó:

*«Y así digo que en este mar Atlántico como corren las aguas con tanta velocidad, repercute tanto el agua en esta isla (de San Borondón), que rechaza y expele fuera de sí los navíos y los hace la misma corriente guiar por los lados de ella con más velocidad de la que hasta allí han llevado».*

Y luego, pasando unos ocho renglones, continuó con su sonrisa encantadora y contagiosa:

*-"Y así me parece que debe acaecer a los navíos que van en demanda desta isla y como no se tiene de su navegación tanta noticia, para saber dónde se haya de hurtar el cuerpo a las corrientes, para que los agujes no impidan la navegación, como se hace en las partes que tengo dicho, guían a los navíos desde fuera desta isla, donde alcanza la repercusión y, con las fuerzas de las corrientes, en breve se alejan. Y COMO POR LAS FUMOSIDADES Y CERRAZÓN DE LAS NIEBLAS, NO LA VEN, PARÉCELES QUE HAN PASADO DE AQUEL LUGAR, DONDE MUY ATRÁS LLEVBAN PUESTA LA PROA DEL NAVIO."*

*-Esto fue escrito en el siglo XVI de vuestra era. Fijaos -prosiguió Artenea- cuán acertado y qué capacidad de deducción tuvo el fraile Abreu, a pesar de su falta de proyección futurista. Es forzoso reconocerle que sus deducciones, de acuerdo a los conocimientos de la época (en la Tierra), fueron brillantísimas. Igualmente podemos calificar de acierto la situación de latitud en que situó a lo que se creía una isla, pues si bien no era nuestro lugar permanente, sí era el de reunión de nuestros módulos en la época en que él escribió.*

-Es francamente asombroso -intervino Mr. Carrison- cómo coincide, salvando épocas y conocimientos, con todo lo que estamos descubriendo mediante esta expedición.

-Muy interesante -observó Eileen-. Siempre recordaré las palabras de mi padre: «Detrás de esa isla de San Borondón presiento un misterio apasionante». Lo estamos comprobando paso a paso.

*-Existen aquí -intervino Daydha- muchos escritos y libros que, en la Tierra, han desaparecido por el fuego o que jamás salieron a la luz. Otros por saqueos o incendios de bibliotecas.*

Continuamos el paseo leyendo los cientos de títulos y pidiendo alguno que otro para hojearlo.

*-Pasaremos al pabellón de Lengua Inglesa.*

Daydha llevaba la voz cantante. Artenea, Demetrio y yo, les seguíamos. Cuando estábamos algo separados del grupo, escuché que Demetrio le decía a Artenea:

-Tengo enormes deseos de charlar a solas contigo.

Ella le miró sonriente y totalmente receptiva le contestó:

*-Tienes más de cien años para hablar conmigo. Mientras tus compañeros sigan en Atlantaria, debemos atenderles y estar con ellos el mayor tiempo posible. ¿No lo encuentras razonable?*

-Es razonable -contestó Demetrio-. Sin embargo....

*-Sin embargo -le cortó volviéndose hacia él con la mejor de sus sonrisas, que a mí me hubiese hecho tartamudear y trastabillar, aunque Demetrio se conservaba sereno y seguro-, vosotros los terráqueos actuáis de acuerdo con vuestro menor tiempo de vida. Debes adaptarte y considerar que vas a vivir el doble de lo que habías calculado en tu país. Si piensas con esta base no tienes por qué dar tanto apuro a tus proyectos. Aparte, nosotras somos las primeras que conociste en Atlantaria. Espera a ingresar en el Centro de la Profesionalidad. Cuando conozcas docenas de chicas jóvenes y estudiantes como tú, entonces decidirás. No es cues-*

*ción de que te arrepientas por haber obrado con precipitación. Mientras, tendrás nuestra amistad, nuestro consejo y nuestra ayuda. ¿Tú qué piensas?* -dijo acercándose a mí y tomándome de un brazo-. *A ver, mírame a los ojos y dímelo con sinceridad.*

-Pues... -tragué saliva y con la cabeza y medias palabras contesté a la obra de arte que tenía enfrente-. Muy razonable y sabio.

*-¿Ves? -agregó volviéndose a Demetrio-. Somos dos que pensamos igual y tú pronto me darás también la razón.*

-Ni pienso como vosotros, ni te daré la razón -replicó Demetrio-. Me conozco bien y conozco mis sentimientos y sé que son inamovibles.

-Artenea se había puesto roja y disimuló caminando hacia el otro grupo.

*-¡Bravo! -le dije por lo bajo- estoy contigo y pienso que, en lo más profundo de su ser se siente atraída por ti.*

Demetrio me puso una mano sobre el hombro. Nos acercamos al grupo. Eileen lloraba. Abierto entre sus manos había un libro publicado por su padre veinte años atrás: «Investigaciones sobre la formación de los desiertos». Eileen no lo podía creer. Daydha, sin previo aviso, se lo había entregado.

*-Poseemos -decía ésta- todo lo publicado por tu padre, incluso tus colaboraciones. También existe algo por aquí de Mr. Carrison.*

La emoción del matrimonio era evidente y sincera. Pensar que sus libros tenían interés en otros mundos, había sido algo inimaginable.

Todos sabían inglés, excepto yo. Se habían sentado en las amplias mesas y devoraban u hojearan libros con verdadera pasión. Cuando llegó la hora del almuerzo, que no era como en la Tierra, caímos en la cuenta de que el tiempo se achica cuando se emplea en temas interesantes.

Era ocasión más para charlar que para comer. Ingerimos nuestra tableta personal de carencias y sobrantes y la reunión se desa-

rolló con una sola novedad. A partir de aquel día, cada uno de los cinco terrícolas compartirían su presencia en mesas distintas, con el fin de conocer y fraternizar con todos los atlantarios y así continuaríamos rotando, con una familia distinta cada vez.

Me pareció enriquecedora la idea. Cuando llegó el momento de abandonar Atlantaria, el balance de esta experiencia fue asombroso, por el cambio tan acusado que obró en nuestro conocimiento sobre otras civilizaciones, por el mejoramiento de los valores más altos del ser y por la personalidad robustecida en el contacto directo con personas situadas en un plano evolutivo superior.

Más asombroso y estimulante, especialmente para mí, fue el contacto con los jóvenes durante los dos días de descanso semanales. Al principio, esperaba y temía aquellas justas de inteligencia en planos tan desiguales, pero luego lo deseaba ardientemente. Ellos también. Imaginaos un «peque» rodeado por superprofesores de ambos sexos, pugnando todos por abrirme horizontes, quemar los velos que me inhibían e instruirme sobre cientos de temas, algunos aún desconocidos en nuestra Tierra.

La experiencia fue enriquecedora, fascinante e inolvidable. La amistad establecida lo era de por vida.

Este vínculo maravilloso, que hace mucho más placentera nuestra vida, se ejercitaba y desarrollaba gracias a la telepatía. Pensaba que mi vida, como la del *aristócrata*, iba a estar llena de amigos y esto me ensanchaba el pecho.

En esta tónica transcurrieron los días en Atlantaria. Los esposos Carrison se aficionaron a la Biblioteca, donde estudiaban y tomaban apuntes. Era su actividad preferida, que intercalaban con paseos submarinos o aéreos. Aristán los acompañaba en muchas ocasiones. Otras, estaba con nosotros empeñados en el aprendizaje del vuelo personal.

Demetrio, aparte de los vuelos, se nos perdía por parajes y senderos donde el silencio y la soledad propiciaban los escarceos. Entre el volcán desbordante de su amor, de carácter y expresión

terráquea y el otro, amor atlantario, suavemente pensado y sentido. Elaborado en un tiempo dilatado como su vida y hasta su aceptación definitiva.

El idilio atlantario pareciera discurrir desde fuera hacia adentro, desde la piel y los sentidos hasta la última cima de los centros superiores del sentir y el pensar. Escalando paso a paso, día a día, las supremas metas de este sentimiento.





HORI  
ZONTI  
MARI  
NO

Fotografía tomada por el fotógrafo Manuel Rodríguez Quintero en 1958 desde los altos de Puerto Naos al oeste de La Palma. Según versión de su hijo, fue tomada cuando ya la "isla" comenzaba a desaparecer.

*Nuestros centros superiores y los sentimientos que generan, son ilimitados en su capacidad de realización y desarrollo.*

*El alma, la conciencia, el amor y la amistad, nos permiten profundizar hasta el infinito en la búsqueda de la verdad y la felicidad, cuando dos deciden ser uno.*

## **XII. CIEN AÑOS PARA AMARTE**

Allá donde fuimos origen y en todo el ilimitado espacio donde moran las estrellas, los elementos primigenios que conforman la vida racional son idénticos. Las influencias del medio y otros factores van agregando los ingredientes diferenciales de raza o grupo. Posteriormente, la formación educacional va elevando los niveles intelectuales, físicos y espirituales, añadiendo una nota más a esos factores diferenciales.

Fue así como Artenea, a pesar de pertenecer a una civilización superior, de poseer estudios y experiencias equivalentes a sus cinco décadas de vida y, aún a pesar de sus palabras y predicciones, aceptó, tras innumerables peticiones intercaladas en diálogos orales y telepáticos, prorrogados a veces en horas sustraídas al sueño, dedicar parte de su tiempo a Demetrio.

El amor, esa onda misteriosa que hace vibrar al unísono dos corazones, también parecía surgir en los seres no terráqueos en forma análoga a la nuestra.

Muchas tardes salían a caminar, perdiéndose entre las plantaciones o a la orilla del mar, su lugar preferido. Allí sentados, con la mirada fija en las pequeñas olas del mar de Atlantaria, arrullados por el tímido murmullo que, plácidamente, moría a sus pies, se sumergían en vastas y enriquecedoras divagaciones sobre el amor.

-¿Cómo definirías tú ese amor que dices sentir por mí? -le había preguntado Artenea en una de esas tardes apacibles cuando el sol, casi tocando el horizonte marino, marca un camino de esperanzas refulgentes sobre el azul de las pacíficas aguas. Cuando el chapoteo suave y cantarino de las olas, festejado por el gorjeo de las aves, semejaban la zarabanda de mil apasionados besos intercambiados entre mar y tierra, invitando a escudriñar en la emoción reveladora, traducida en palabras.

Demetrio, a quien conocemos como hombre de costumbres morigeradas y con muy poca experiencia en cuestiones de amor, se sintió como un conejillo de indias a quien hubiesen tomado entre las garras de unas tenacillas para estudiar su estructura cerebral.

Turbado ante la mujer amada, que llenaba por completo su ideal de belleza, de bondad y de perfección, replicó.

-Lo que pueda expresar en palabras jamás te podrá dar una idea exacta sobre lo que siento por ti, Artenea. Fue algo que surgió hace diez años y desde entonces mi pensamiento y mis sentimientos han vivido de tu recuerdo. Tú lo sabes muy bien. Nunca hubo otra mujer y pienso que nunca la habrá.

-Existen en tu tierra -prosiguió Artenea- *concepciones y pensamientos sobre el amor, muy variados y contrapuestos. Algunos hablan de un amor exclusivamente fisiológico, o sea sustentado en el deseo sexual. Otros dicen que es una «pasión del alma», proceso de intencionalidad hacia el ser amado, dijo alguno, y entre otros que recuerdo: conflicto de libertad. Todo lo que he leído me ha dejado una impresión confusa e insegura y, aunque conocemos teóricamente todo el proceso y desarrollo de la relación entre parejas en vuestra tierra, la cual consideramos no excelente, con un porcentaje elevado de inestabilidad, te pido trates de adaptarte a nuestras costumbres. La relación de parejas en Atlantaria es larga, muy estudiada, seria y responsable antes de convertirse en algo definitivo.*

-De acuerdo -contestó Demetrio-, únicamente te pido que aceptes nuestra relación. No me preocupa el tiempo que deba esperar hasta que llegue tu decisión.

-Es tarde -agregó ella-, *debemos regresar.*

El sol, que ya se había hundido tras la línea del horizonte, no pudo dibujar las siluetas hombre-mujer que, separados pero tomados de la mano, se alejaron lentamente. Al despedirse y, mientras efectuaban el saludo con los ojos clavados el uno en el otro, queriendo ver más allá de las fronteras físicas, Artenea, con voz emotiva y dulce, le dijo:

-*Tenemos cien años para amarnos.*

Mientras regresaba al aposento designado a los terrícolas, Demetrio se consideraba el más feliz de los mortales. Aquellas palabras pronunciadas por Artenea estarían siempre presentes al recordar los ojos amados.

La actividad en Atlantaria se repartía entre paseos por tierra, mar y aire. Visitas casi diarias a la Biblioteca, conciertos, conocimiento y diálogos con todos los componentes de la Unidad 4-E.

Día por medio asistíamos al gimnasio donde, bajo la dirección de los doctores Atahyría y Aruma, éramos sometidos a una serie ordenada y progresiva de ejercicios tendentes a la recuperación de nuestra estabilidad físico-mental y su posterior fortalecimiento. El programa incluía natación y «relax» de inmersión en tiempos progresivos y regresivos, desde cinco a treinta minutos.

Me había impresionado el primer «relax». En una piscina especial, bajo un metro de agua y, acostados de espaldas en el fondo, permanecemos cinco minutos. Previamente, habíamos acoplado a nuestra nariz un pequeño aditamento que nos permitiría aspirar el aire que sería luego expulsado por la boca. Otro aparato ajustado a nuestro oído nos suministraba cierta calidad de música.

El lugar asignado a cada uno tenía la forma anatómica perfecta que tendría que tener nuestro dorso. Recostados y sujeto nuestro vientre con un cinturón, comenzamos a respirar bajo las indicaciones que recibíamos.

El agua se pobló de burbujas provenientes de los seis cuerpos.

Bastiano integraba el equipo. La música fue introduciéndonos en el dulce campo de la somnolencia. El sol que se colaba a través del agua, dio paso a una luz azulada que fue cambiando hasta el celeste pálido.

*-Cerrad los ojos y relajaos.*

En los prolegómenos del sueño, la música cesó. Nos ordenaron quitar nuestros auriculares. Una sinfonía de burbujas sustituyó a los sonidos musicales. La luz que iluminaba el agua se había transformado en verde.

*-Con los ojos cerrados o abiertos -fue la primera orden recibida telepáticamente-, dejad vuestra mente en blanco, concentrando toda vuestra atención en el sonido de las burbujas.*

La impresión que sentí fue como si nuestra mente, integrada y confundida con las burbujas, hubiera dejado su soporte material atado al fondo de la piscina, mientras ella danzaba como una burbuja más entre las aguas verdes.

Terminado el tiempo de experiencia en inmersión, el Dr. Aruma continuó dando órdenes con mensajes telepáticos.

*-Respirad suave, pero profundamente. Desabrochad vuestros cinturones, continuad con la respiración lenta y profunda.*

Nuestro cuerpo fue ascendiendo lentamente hasta llegar a la superficie. La luz se había transformado, nuevamente, volviendo a su color natural. El silencio era total, salvo la música que parecía sonar dentro de nosotros mismos, suave y delicada como el vuelo de una mariposa.

*-Desprendeos de vuestra mascarilla. Continudad la respiración suave y profundamente. Abrid brazos y piernas. Quedaos inmóviles y flotando.*

Pasados unos segundos continuó:

*-En esa posición comenzad a nadar suavemente.*

Y de nuevo unos segundos más tarde:

*-Nadad a voluntad.*

El ejercicio había terminado. Los resultados eran sencillamente increíbles. El cambio operado en nosotros, asombroso. Eileen Carrison, sometida por Atahyría a distinto plan de ejercicios, que llamaban de «pre-fecundación», había sufrido una transformación tan sorprendente que despertaba la atención de todos. Atlantarios, los dos sexos incluidos, se desvivían en preocupación y atenciones hacia ella. Parecieran estar preparando o perfeccionando a la futura portadora de algún legendario príncipe, símbolo y portador a su vez de la paz y el bien imperantes en los pueblos de avanzada civilización.

Fuese por ese motivo o por el simple hecho de ser mujer, es justo dejar sentado que su transformación había hecho de Mrs. Carrison, cual otra atlantaria, una mujer bella, hermosa y atractiva.

Pasados unos días de nuestra estancia en Atlantaria, fuimos convocados a una reunión en un anexo del comedor comunal. El aposento era pequeño, con cabida para unas veinte personas. Nos sentamos en unos butacones, con tablero para escribir acoplado. En el pequeño estrado, sentados de izquierda a derecha: Guayahisen, Imobac y Achosamán.

*-Sabemos -dijo Guayahisen con voz muy suave- que os encontráis muy bien y que estáis contentos en Atlantaria. ¿Es esto cierto?, ¿o tenéis algún descontento o deseo que expresar?*

*-Desearía -contestó Mr. Carrison- que hagáis lo posible porque sea prorrogado nuestro tiempo en Atlantaria. Deseamos aprender de vosotros y estudiar en vuestra Biblioteca.*

El rostro de los tres atlantarios expresaba honda satisfacción.

*-Eso nos complace sobremanera -expresó Achosamán-. Agotaremos todo lo que de nosotros dependa para complacer vuestra petición. ¿Todos lo desean?*

La contestación afirmativa fue unánime.

*-Bien -continuó-. Pasamos a plantearos la cuestión que nos ha*



*hecho reunir aquí. Nuestro Consejo de Ancianos también llamado Consejo de los Siete, del que forma parte Imobac, ha decidido concederos ciertos privilegios muy importantes y, que en el plano mental «Tierra», os serán de gran utilidad para aportar mayor felicidad a vuestros pueblos, ayudándoles a descorrer algunos velos que dejen entrar más claridad, para ahuyentar la carga de tinieblas que nublan su mente. Imobac os dará cuenta del proyecto.*

*-Bien amigos -la voz grave y serena de Imobac nos envolvió desde la profundidad de sus ciento siete años-. En primer lugar, os quiero confirmar que todos habéis sido dispuestos para disfrutar una vida que superará los cien años, con total integridad física y mental. Aclarado este importante logro para vosotros, el plan que tenemos incluye el desarrollo de vuestras capacidades telepáticas. Debemos aprovechar al máximo vuestro tiempo. El esquema de actividades será muy apretado. Pensamos que merece el sacrificio. Por el bien vuestro, nuestro y de vuestra humanidad.*

*Se trata de conseguir completar un primer grado en el desarrollo integral de vuestras potencialidades. Reafirmaremos vuestra personalidad. Potenciaremos vuestra voluntad y desarrollaremos vuestro poder interior. Ejercitaremos vuestra fuerza dinámica y el magnetismo personal. Tendréis la facultad de conocer o captar enfermedades físicas y psíquicas, haciendo desaprocer el origen del mal. A cambio, sólo exigimos el compromiso jurado de que los conocimientos adquiridos en nuestra Biblioteca, el desarrollo de facultades dormidas en vosotros o la terapéutica aprendida ¡jamás serán usados para el mal!*

*Las manifestaciones que se produzcan en vosotros, serán como relámpagos de las leyes universales que gobiernan los mundos. Os emplazamos a mantener contacto con nuestra civilización y no daréis un solo paso que pueda conturbar o conmocionar a los pueblos, sin consultarnos previamente. Como disponemos de poco tiempo para tan amplio número de materias, el curso comenzará tan pronto nosotros salgamos de este lugar. Vuestra primera experiencia la tendréis con Achosamán. Cada profesor os irá dejando el horario, el lugar y el nombre del siguiente.*

Los cursos fueron áridos, duros, demoledores de nuestro género

de vida. Hubo que romper la inercia de los centros dormidos y poner en movimiento millones de neuronas viciadas por la pereza. Nuestra mente fue sacudida hasta el fondo de sus orígenes.

Ya finalizando el curso y, pasado un mes de nuestra llegada a Atlantaria, llegó el día en que debíamos trasladarnos al Centro de la Profesionalidad. Allí seríamos recibidos por el Consejo de los Siete, al cumplirse cuarenta días de nuestra permanencia en Atlantaria.

El Consejo de Ancianos, compuesto por tres mujeres y cuatro hombres, todos mayores de cien años, nos harían entrega del mensaje dirigido al planeta Tierra. Conviviríamos unos días en el Centro y regresaríamos a nuestro país al cumplirse cincuenta días de la partida de Las Palmas.

Aparte de Achosamán, intervinieron como profesores en nuestro primer grado de iniciación superior, Nurhazet, Delioma, Aridane, Ydahira y Acashymo, estos dos últimos del Consejo de los Siete.

En el Centro de la Profesionalidad finalizaríamos nuestro aprendizaje y recibiríamos del Consejo la confirmación, en una ceremonia privada, del primer grado del conocimiento superior...

Cuando nos instalamos en el Centro de la Profesionalidad en compañía de los profesores, el curso continuaba en su fase de aplicaciones prácticas. Apenas usábamos la voz para comunicarnos. El cambio en nuestra personalidad interna y externa había sido tan profundo y revelador, que parecíamos personajes diferentes a los llegados hacía solamente cuarenta días. Admiraba en los demás la transformación e imaginaba dudoso que a mi corta edad, aquella facilidad de discernimiento, de leer en los otros sus pensamientos más profundos, fuera posible.

El Centro de la Profesionalidad albergaba aproximadamente unas mil personas, entre profesores y alumnos, provenientes de las cuatro unidades de población. Cada Unidad aportaba unos doscientos alumnos que cursaban estudios en las distintas profesiones. Asistimos a distintas aulas y visitamos los talleres, laboratorios y demás lugares destinados al aprendizaje teórico o práctico. Conocimos variados aparatos inconcebibles en sus varias realizaciones.

Experimentamos el placer del vuelo individual con aletas desplegadas, surcando el espacio a nuestro antojo, dominando todo lo que abarcaba nuestra vista, moviéndonos a voluntad y elevándonos a placer. Tomamos conciencia plena de cuán amplias y desconocidas son las capacidades y facultades puestas por la Creación al alcance de su creatura más preciada, cuando ésta sigue los correctos diseños de su obra.

Transpiramos, arboláronse nuestras mejillas, secáronse nuestras gargantas y tragamos saliva cuando, sentados en el estrado junto con algunos profesores, presidimos cada una de las cinco asambleas correspondientes a cada uno de los ciclos en que se divide su enseñanza.

Una semana duraron las asambleas, pues realizaban una por día. A ella asistieron el total de los estudiantes de cada ciclo y les estaba permitido hacer una pregunta a cada uno.

Imaginaos un promedio de doscientos estudiantes en cada ciclo, pugnando por sobresalir en la pregunta más aguda, más profunda o más difícil. Sobre nuestras costumbres, nuestras creencias. Sobre nuestras locuras de sangre, bandolerismo, riqueza y pobreza.

Éramos seis a contestar, pues Bastiano asistía como un terrícola más. Él nos sacó de muchos apuros y, cuando el interrogatorio se complicaba o se volvía embarazoso, algún profesor intervenía providencialmente para encarrilarlo y encauzarlo convenientemente.

El total de preguntas, quemantes casi todas, conformarían la preparación de un grueso volumen. Trataré de recordar algunas de las que más me impresionaron.

Primera Asamblea. Primer ciclo. Niños y niñas de cinco a diez años. Hermosos, sencillos, naturales como las flores de nuestros campos. La sonrisa fresca y la mirada limpia.

Una niña encantadora de nueve años preguntó:

*-¿Cómo acomodáis vuestros razonamientos en la Tierra para compatibilizar guerras, persecuciones, matanzas horribles, con vues-*

*tros credos y vuestro Dios? ¿Cómo habéis conciliado a Dios con vuestra inquisición?*

Segunda asamblea. Jóvenes de ambos sexos, de diez a quince años.

La pregunta más complicada vino de un joven de catorce años:

*-Acabo de estudiar sobre la esclavitud en la Tierra, la venta de esclavos en subasta y por fin la abolición de la esclavitud. Existe una segunda esclavitud a la que permanecen atados grandes sectores. Me refiero a la esclavitud mental. Creencias absurdas e irracionales, vedan la evolución de estas criaturas ingenuas que permanecen en la oscuridad, arrinconadas por el miedo. ¿Existe algún plan para rescatarlas?*

Tercera asamblea. Jóvenes de ambos sexos, de quince a veinte años.

Rubia, ojos verdes, dieciocho años. Esta fue su pregunta:

*-Sabia es la Naturaleza. Ni hiere, ni daña sus realizaciones. Ella nos toma al morir abrazando todo lo que fenece para transformarlo y darle nueva vida. El toro es un animal imponente. Encerrarlo, perseguirlo, acorralarlo, herirlo y matarlo, haciendo de todo esto una fiesta sanguinaria ¿puede causar placer a seres que se dicen inteligentes?*

Cuarta asamblea. Jóvenes de veinte a veinticinco años.

*-La evolución de vuestra civilización es lenta. Existen multitud de juegos, deportes, actividades sanas y nobles; sin embargo, aún pagáis para gozar en espectáculos sanguinarios donde se aplaude la muerte o la sangre. El boxeo, los toros o las peleas de gallos, entre otros. ¿Existen concomitancias entre estas costumbres salvajes y vuestros brotes de violencia, agresividad y guerras?*

Quinta asamblea. Jóvenes de veinticinco a treinta años. De entre ellos surgió la siguiente pregunta:

*-En vuestra sociedad existen infinitas cuestiones a resolver, infinitas obras por realizar, infinitas realizaciones a perfeccionar, infinitos seres a culturizar e infinito es el campo de las investigaciones a emprender. Miles de millones son las metas a culminar. Ante esta situación, donde todo está por hacer o perfeccionar: ¿Cómo se permiten destinar fabulosas inversiones para la construcción de armamentos capaces de acabar con la vida en el planeta? ¿No os parece alienante, monstruoso?*

Infinitas nos parecieron el número de preguntas e infinitos fueron nuestros sufrimientos y lo peor es que desgraciadamente así nos ven desde las estrellas. Para ellos todo tendría que ser bueno porque así era en el principio de los tiempos.

Como los padres buenos o los maestros, sólo nos señalaban lo torcido o desviado, base firme para corregir y encauzarnos hacia la senda correcta.



*Crear vida inteligente. Supremo Plan Cósmico.*

*Todo ser inteligente que atenta o daña la obra culminante de la Creación, es un traidor a su origen.*

### **XIII. ÚLTIMO MENSAJE**

Nuestro ciclo de asambleas, con el total del estudiantado y todo lo que ello implica, es decir, contestaciones, intercambio de ideas, saludos e intervenciones del profesorado, agotó nuestra capacidad y retrasó la finalización de los diversos cursos encaminados a elevar nuestro plan de vida.

Nuestra presentación al Consejo de Ancianos fue postergada, realizándose a dos días vista de nuestra marcha.

El día señalado, a las diez horas, estábamos en el lugar que llamaban de las Grandes Decisiones. Se trataba de un gran salón, sencillo en su totalidad. Tres estrados estaban situados en su cabecera. En el estrado de enmedio se encontraban sentados los siete componentes del Consejo de Ancianos.

Estaba presidido por Acerina, de 137 años, que permanecía sentada en el sillón central, flanqueada por dos hombres: Acashymo y Agarfay, que contaban con 133 y 132 años, respectivamente. A continuación estaban sentadas dos mujeres: Ydahira y Artenhara y, finalmente, Bentahoro e Imobac.

Los siete componentes del Consejo sumaban más de ochocientos años de vida. La sensación que se respiraba constituía algo inexplicable. Un sentimiento de atracción, de admiración, de querer estar allí para demostrar afecto y recibir al mismo tiempo todo lo

que parecía desprenderse de aquella ancianidad, compendio de experiencias y sabiduría.

En el estrado de la derecha estaban sentados los decanos de los cinco ciclos de la sabiduría y en el de la izquierda, los cinco terráneos.

Abrió el acto Imobac, el más joven del Consejo, quien se extendió con palabra cálida e inspirada sobre la paz que reina en el Cosmos y que debe ser lograda en la Tierra, pues ella es la base para el logro de los grandes fines de la creación universal.

Luego, nos hizo pasar en fila y, de pie ante el Consejo, pidió los anillos calendáricos a Demetrio y Aristán.

*-El anillo que se os va a entregar -dijo- posee idénticas propiedades que el que acabáis de entregar, añadidas las que ya se os dio conocimiento en el curso. Tiene la ventaja de que es una imitación de los usados como alianza matrimonial en la Tierra, por tanto, no llamarán la atención.*

A continuación, Acerina colocó los anillos en el dedo anular de cada uno, comenzando por el mayor en edad: Aristán, luego Demetrio, Mr. Carrison, Mrs. Carrison y, finalmente, yo. En el salón, que estaba totalmente colmado de profesores y alumnos, todo el mundo permaneció de pie mientras Acerina realizaba la ceremonia de imposición de anillos.

Terminada ésta y sin tomar asiento dijo:

*-Amigos, estáis preparados para ser las antorchas portadoras de la verdad, de la paz y del bien entre los hombres y mujeres de vuestro mundo.*

Se había colocado de pie tras el asiento. El silencio era total. Había clavado los ojos en Mrs. Eileen Carrison y su figura había adoptado la imagen, grave y lúcida, de una profetisa.

*-Tú, hija mía -dijo dirigiéndose a Eileen-, ostentas el privilegio de ser la primera mujer terrestre, junto a tu esposo Mr. Carrison, que engendrarás un nuevo ser en Atlantaria. Un ser de pocos días se*

*gesta ya en tus entrañas. Mi enhorabuena. Será hermosa, fuerte y vivirá muchos años. Instrúyela para que sea una luchadora más por los cauces de la paz y el bien.*

Eileen se había puesto colorada y gruesas lágrimas rodaban por sus ojos.

-Gracias -pudo articular por fin mientras su esposo ponía, amorosamente, un brazo sobre sus hombros.

-Sentaos -agregó Acerina, mientras ella misma tomaba asiento. Finalmente invitó a Artenhara a leer el mensaje que llevaríamos a las naciones de la Tierra.

Esta se levantó y con voz segura y clara, leyó:

*«Mensaje a las Naciones de la Tierra.*

**1º La Vida es el primero y superior interés del «Plan Creación» por ello no entendemos ni aceptamos otra extinción que la muerte natural.**

**2º No permitimos la procreación bruta e irracional que deprecia y menoscaba al ser.**

**3º La naturaleza es nuestro medio natural y, como parte integrante, la amamos y respetamos.**

**4º No alcanzamos la cima de la perfección, pero hacia ella se encamina todo nuestro afán.**

**5º Mientras vosotros construíais cañones, nosotros creábamos «palomas voladoras» que nos acompañaban en la aventura pacífica del diario vivir.**

**6º Creemos y esperamos en el hombre renovado. Hermano en la Tierra y en la inmensidad de los espacios siderales.**

**7º Estáis en la rampa que os puede conducir al holocausto final.**

***Cerebros enfermos han preparado vuestra propia «Gran Hoguera» y continuarán agregando nuevo material mortífero. ¡Sólo falta la mecha! ¡Recapacitad! Replantearos nuevas pautas de vida. Apropositus lo desea, pero sólo vosotros podéis hacerlo. Finalizaréis con las guerras o estaréis firmando, día a día, la confirmación del fin de vuestra civilización.***

***En el umbral de una Nueva Era, es nuestro deseo ver al «Ser Terrestre» traspasar la barrera de su año dos mil con una clara y firme conciencia de rechazo a:***

***Las armas, La guerra, La ignorancia, La enfermedad y a la incontrolada superpoblación que provoca hambre y muerte.***

***El desafío es grande y los tiempos cortos, pero el hombre es y hace lo que quiere con todas sus fuerzas en el fondo de su corazón y de su mente.***

***Desde las Estrellas:***

***Cien millones y más de muertes violentas, absurdas, inútiles... Os contemplan. Os deseamos Paz y Felicidad eternas.***

***Consejo de Ancianos de Apropositus."***

La despedida del Centro de la Profesionalidad fue emocionante, apoteósica. Más de mil personas se dieron cita en la enorme explanada de los Deportes. Aparte de los residentes en la ciudad, se hicieron presentes varias comisiones, una por cada una de las cuatro unidades poblacionales de Atlantaria.

Acerina, la decana del Consejo de Ancianos, nos despidió con palabras profundas y emocionadas. Mil voces entonaron el himno a la paz, en inglés y en español.

En medio de un silencio total y emotivo, nos encaminamos hacia nuestro aparato volador, en compañía de Yguanira y Aythami. Varios aparatos nos dieron escolta, con las personas que nos habían acompañado de la Unidad E-4.

Al despegar, y mientras sobrevolábamos la gran explanada, dos mil brazos en alto despedían nuestra marcha. Desde el aire pa-

recía un campo de trigo cuyos brazos engrosados se movían al impulso del viento.

Demetrio y Bastiano habían quedado en el Centro de la Profesionalidad.

-Estaremos en contacto -fueron sus palabras de despedida.

Los dos días que nos quedaban para nuestra marcha definitiva hacia Las Palmas, los pasaríamos en la Unidad E-4.

El día anterior a nuestra despedida, Imobac en compañía de Nurhazet, Achosamán y Guayahisen, nos hizo entrega, en una sencilla ceremonia, de cinco mil doblones de a cien. Mil para cada uno, incluyendo a la que, según Acerina, sería la primera niña terráquea engendrada en Apropositus.

El Arcano II había sido pintado con material deslizante.

La despedida en la Unidad E-4 fue similar a la anteriormente dispensada al pequeño «Pacificador de los Mares».

Sobre la pequeña cubierta del Arcano II, con la presencia de todos los que habían sido íntimos, Imobac pronunció las últimas palabras de despedida.

Tras del saludo ritual de todos para todos, sus últimas frases, que constituían una promesa inapreciable, fueron:

***-Siempre estaremos en contacto. Caso de producirse la hecatombe que se presiente en el planeta Tierra, haremos lo imposible por salvaros. Allí donde estéis, alguien de nosotros se presentará para rescataros.***

Cuatro personas totalmente renovadas regresaban a Las Palmas, tras de una ausencia de casi dos meses. Su enriquecimiento físico, intelectual y espiritual era grande, pero mayor aún era su enorme responsabilidad para desenvolverse e influir en una humanidad que andaba a los trancos, renqueando y tambaleándose por entre zigzagueantes e inciertos caminos, sin lograr entrar definitivamente por los senderos de la paz, la felicidad y



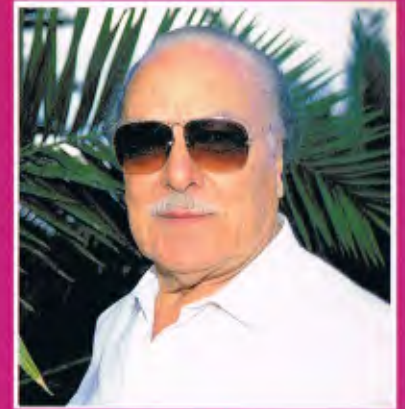
el bien universal. El tiempo y la historia testificarían sobre su éxito o su fracaso.

Mr. y Mrs. Carrison siguieron viaje hacia Londres. La promesa mutua fue mantener contacto siempre.

Aristán y yo tomamos la guagua de San Mateo. En el camino y desandando el tiempo hasta llegar a mi gran incógnita de los quince años, reía de satisfacción al descubrir el porqué el *aristócrata* era una persona diferente a las demás.

Mi «gran incógnita», junto con el misterio de Apropositus, habían quedado totalmente aclarados.





PEDRO GONZÁLEZ VEGA.

Nació en Moya (Gran Canaria). Realiza sus estudios secundarios en el Colegio La Salle (Araucas) y en Las Palmas.

En el año 1937 es movilizado y enviado al Marruecos Español, donde comienza la redacción de su "Diario de guerra", forzado a intervenir en un conflicto bélico por el que sentía profunda aversión. Terminada ésta, regresa a Ceuta donde realiza leves incursiones en el periodismo. Allí le sorprende la segunda guerra mundial.

Termina la carrera de maestro y amplía sus estudios musicales. Al regresar a Canarias desempeña la docencia en distintos lugares de Fuerteventura y Las Palmas.

En el año 51, agobiado por la situación desesperanzadora que padecía su pueblo, decide emigrar a la Argentina. Intenta nuevamente incursionar en el periodismo. Crea con varios amigos una revista que tuvo poca vida.

Pierde a su esposa y en el año ochenta regresa a su tierra y se dedica a escribir.

En el siglo II de nuestra era, CLAUDIO PTOLOMEO, astrónomo, matemático y geógrafo, en su Guía Geográfica (Libro- IV-6-34), describe las ISLAS DE LOS BIENAVENTURADOS -Insulas fortunatas en latín, Makáren Nêsoi en griego- hoy Islas Canarias, comenzando por APROSITUS NESOS y cinco más del Archipiélago

Aprósitus -Isla a la que no se puede llegar o que no se muestra

Debido a sus características y comportamientos extraños como el aparecer y desaparecer o esconderse tras una cortina de humos, niebla o nubes ha sido llamada, "La Inaccesible", "La Nom Trubada", "La Encubierta", "La Perdida", "La Encantada" y algún que otro apelativo.

Fue a partir del siglo VI en que se produce un redescubrimiento de Aprósitus, debida al monje irlandés San Brandan -posteriormente elevado a los altares- cuando comenzó a llamarse San Borondón, deformación de San Brandan o Brondón.

San Brandan de Clonfert (480-576) y sus monjes, comprueban que aquello que creían una isla -sobre la que concelebraron una misa- se mueve "inteligentemente", ya que los conduce a través del mar durante varios días, dando lugar a que la bauticen "Ballena Ultraferrena".

Visitan varias islas y entre ellas una que, RODEADA DE ESPESAS Y NEGRAS TINIEBLAS, quedaria imborrable en su memoria, puesto que, después de haber permanecido en ella un día solar, al traspasar nuevamente la barrera de nieblas comprueban que habían transcurrido cuarenta días de nuestro calendario.

Inconscientemente, San Brandan y sus monjes fueron "admitidos" para acceder a algo desconocido e impensable en su época : ¿Otra dimensión?

Posteriormente la existencia de San Borondón ha sido observada y juramentada por cientos de personas a través de la historia, pero habían de pasar casi diecinueve siglos para que tres humildes pescadores, tragados por una violenta borrasca, fueron salvados por un grupo de delfines y depositados sobre la indescifrable ballena de San Brandan.

Elos, en su palabra llana y veraz, cuentan su odisea, desvelándonos uno de los misterios más fascinantes de nuestra historia. Estamos seguros que algún día del futuro impredecible, el misterio de San Borondón, como el de la Atlántida -su origen-, se transformará definitivamente en una realidad accesible.



★ AVISTAMIENTO DE S. BORONDÓN  
📷 AVISTAMIENTO FOTOGRAFIADO

ISBN 84-89137-09-9